

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

3 - 2 - 40

LUCIANO, ICONOCLASTA

*Tesis que presenta la alumna
Edith J. Weidenheim de Ama-
dor, para obtener el grado de
Doctor en Letras.*



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

SEGUNDA PARTE

Pág.

Capítulo VIII.—El Iconoclasta ante los Filósofos..... 90

- 1.—Los Filósofos como Elemento Social
- 2.—Los Cínicos
- 3.—El Estoicismo
- 4.—El Epicureanismo
- 5.—Otros Filósofos
- 6.—La Filosofía de Luciano

Capítulo IX.—El Iconoclasta ante los Dioses..... 118

- 1.—Zeus y Luciano
- 2.—Otras Deidades
- 3.—Heterogeneidad de los Dioses del Olimpo de Luciano
- 4.—Tradiciones Religiosas
- 5.—Luciano ante la Religión

Capítulo X.—Luciano en el Pensamiento y Arte Europeos. 139

- 1.—Luciano regresa a Europa
- 2.—Influencia de Luciano en el Arte Europeo
- 3.—Influencia de Luciano en las Letras Europeas
 - a) Il Boiardo, Ariosto y Moliere
 - b) Erasmo de Róterdam
 - c) Alfonso de Valdés, Vélez de Guevara y Quevedo
 - d) Shakespeare, Marlowe, Swift y More
 - e) Goethe
 - f) Pascal, Rabelais, Diderot, Voltaire y Verne
- 4.—Luciano en México: Juan Bautista Morales

SEGUNDA PARTE

CAPITULO VIII

EL ICONOCLASTA ANTE LOS FILOSOFOS

- 1.—Los Filósofos como Elemento Social. 2.—Los Cínicos.
- 3.—El Estoicismo. 4.—El Epicureanismo. 5.—Otros Filósofos. 6.—La Filosofía de Luciano

I.—LOS FILOSOFOS COMO ELEMENTO SOCIAL

Ya hemos visto que Luciano dedicó gran parte de su obra a ataques contra la filosofía y los filósofos de su época; aun en los escritos que dejó sobre asuntos enteramente ajenos a la filosofía, intercaló dardos contra este venerable ramo de la sabiduría humana.

No obstante, hay quienes afirman que Luciano respetaba a la Filosofía en sí y que sólo criticaba a los filósofos charlatanes que pululaban en las ciudades de aquellos tiempos. Hasta ha habido quienes han querido hacer aparecer a Luciano como partidario de un sistema filosófico determinado, a pesar de que, al atacar la filosofía estoica con argumentos contundentes en su **Hermotimo**, Luciano declara: "Todo esto que he dicho, oh amigo, no creas que lo haya preparado contra la filosofía estoica ni que tenga ninguna enemistad especial contra los estoicos, sino que mi discurso va dirigido contra todas (las sectas) por igual. Diría lo mismo si (se tratase)de la filosofía platónica o aristotélica."⁽¹⁾

Desde luego Luciano tenía una filosofía propia si tomamos el término "filosofía" en el sentido de orientación hacia la vida; pero esto no quiere decir que haya aceptado ninguna de las doctrinas griegas. Al contrario, a través de su obra las ataca a todas, moñándose tanto de sus fundadores como de sus enseñanzas.

En nuestra época casi nadie se preocupa por la filosofía, ni mucho menos por derribar sistemas filosóficos, y por lo tanto puede parecernos rara esta lucha constante de Luciano contra ellos. Para comprenderla, hay que tener en cuenta que durante su época, la filosofía y la religión constituían las guías de las personas edu-

eadas a través de la vida. Si bien la gente ignorante recurría principalmente a prácticas religiosas para tratar de gobernar su propia existencia, los cultos buscaban en los sistemas filosóficos un sostén moral y en la religión los resultados utilitarios. A la vez que Marco Aurelio era un discípulo destacado del estoico Epicteto, observaba escrupulosamente sus deberes religiosos como **Pontifex Maximus**.

La época de Luciano se distinguió por un renacimiento del anhelo por valores espirituales, con un auge resultante para la filosofía y la religión. Se fué al extremo opuesto, perdiéndose casi por completo el racionalismo clásico. Hemos visto ya el exotismo mixto y burdo que reinaba en el campo de las religiones, y a juzgar por las críticas de filósofos dejudas por Marcial, Quintiliano, Epicteto, Dio Crisóstomo y Luciano, parece que no fueron menores los abusos cometidos en nombre de la filosofía.

De las numerosas sectas filosóficas griegas, las que sobrevivían con mayor vigor en el Siglo II A. D., fueron la estoica y la cénica, estando representadas ambas por uno que otro maestro destacado cuyo influencia benéfica casi se anulaba por la de una horda de individuos rudos que se decían filósofos a fin de poder disfrutar así de una vida de venerable descanso. Puesto que las religiones paganas no proveían ningún apoyo moral, estos filósofos improvisados fungían más o menos como los sacerdotes de la gente en sus momentos de apuro. Los ricos acostumbraban tener un filósofo asalariado en su domicilio para servirles de consejero y mentor espiritual en trances difíciles y especialmente para preparar sus almas para la muerte cuando veían cerca de sí la agonía.

Aunque estos pseudo-filósofos gustaban de predicar la virtud, el desprecio de los bienes materiales, la indiferencia hacia los sufrimientos, y el estado de felicidad celestial que proporcionaban sus teorías, eran de hecho más groseramente materialistas que sus contemporáneos laicos, dedicándose secreta o aún públicamente a toda clase de vicios y distinguiéndose por su voracidad por el dinero. En una obra de Luciano, Zeus describe a aquellos filósofos como

“un grupo de hombres que surgió en la vida no hace mucho, flojos, peleoneros, vanagloriosos, irascibles, glotonos, estúpidos, pretenciosos, llenos de insolencia y, para ponerlo en las palabras de Homero, una carga inútil para la tierra. Dividiéndose en escuelas e ideando diferentes argumentos laberínticos,

se llaman unos Estoicos, otros Académicos, otros Epicúreos, otros Peripatéticos..... Abrigándose con el honorable nombre de la Virtud, alzando las cejas, arrugando la frente y acariciándose la barba, andan por todos lados ocultando bajo esta pos asumida costumbres asquerosas..... Coleccionan a muchachos fáciles de engañar.....

“Alaban la paciencia, la prudencia y el bastarse uno a sí mismo, pero cuando están a solas, ¿quién podría decir cuánto comen, cuánto se dedican al arte de Afrodita y cómo lamen la suciedad de los centavos? Lo peor de todo es que nada hacen bueno..... Son inútiles y supérfluos..... Sin embargo, acusan a los demás, coleccionando expresiones mordaces y esmerándose en labrar oprobios nuevos; y censuran e insultan a sus prójimos.....

“Pero si alguien..... preguntase (a uno de ellos), ‘¿Tú qué haces.....?’ ¿Qué contribuyes al mundo?’ contestaría si optase por decir la verdad, ‘Me parece supérfluo el ejercer un oficio. Grito, ando sucio, me baño con agua fría y en el invierno ando descalzo. Llevo una capa mugrosa y cual Momo invento calumnias de todo cuanto hacen los demás.....’”(2)

Esta descripción va dirigida precisamente en contra de los filósofos cínicos, que constituían un azote para las ciudades romanas. Estos individuos rudos, que se decían sabios, vivían en las calles y en las puertas de los templos, mendigando su pan. En su persona eran extremadamente sucios, satisfacían todos sus apetitos naturales en público sin el menor respeto ni para la sociedad ni para sí mismos, y tenían por ocupación única el pararse en lugares públicos a pronunciar arengas insultantes contra quienes no merecieran su aprobación. Como eran anarquistas por convicción, atacaban siempre al Gobierno y a los gobernantes, fuesen quienes fueran, ya que consideraban todo gobierno como una restricción abusiva de la libertad del individuo.

Los estoicos eran de mejor clase que estos vagabundos cínicos, siendo representada su filosofía por grandes pensadores como Epicuro y Marco Aurelio, pero aun así el maestro estoico promedio de la época de Luciano no parece haber sido muy superior al cínico.

El público resentía que estos filósofos, quienes se decían demasiado elevados para interesarse por los bienes materiales, cobrasen por sus clases, ya que aquella gente, más ingenua que nosotros, creía que debe practicarse literalmente lo que se predica. Luciano hace eco al sentir de sus contemporáneos, subrayando la contradicción entre el desprecio cínico y estoico de la riqueza y su empeño

en cobrar honorarios. En nuestra época tan metalizada, es difícil comprender cómo se le podría tomar mal a un maestro el cobrar por enseñar, pero una anécdota nos ilustrará el sentir de los antiguos sobre este punto:

Trata de Euclides, el gran geómetra, quien también despreciaba el materialismo. Al estar dando él una clase, uno de sus alumnos le preguntó si lo que estaba aprendiendo le ayudaría a ganar dinero, y al oír esto Euclides llamó a un esclavo y le dijo, "Dale a este joven un óbolo, puesto que tiene que sacar provecho material de lo que aprende." Euclides vivió en el Siglo III A. C., pero en la época de Luciano su modo de sentir prevalecía todavía entre los espíritus elevados.

Los llamados filósofos de la época de Luciano eran de hecho tan avorazados por los bienes materiales que recurrían a toda clase de bajezas para lográrselos. Cuenta Luciano cómo, al asistir estos sabios a banquetes, no sólo se proveían de una servilleta extra-grande a fin de poder cargar con cuantiosos bocados de la mesa, sino que también se ponían de acuerdo con su esclavo particular para que escondiese sobre su persona otros sobrantes de comida que el amo le pasase durante el festín.

Cita el caso de un filósofo quien, por hallarse gravemente enfermo, iba a faltar a un banquete, pero que se presentó a última hora, diciendo, "Cuando se es filósofo, no se puede traicionar el deber, ni que diez mil enfermedades se le pongan a uno en frente"; contestándole el anfitrión, que comprendía el verdadero motivo de esta asistencia forzada, "Maestro, has hecho bien viniendo acá, pero no perderás nada si regresas (a tu casa a cuidarte), porque toda (tu comida) te será enviada."⁽³⁾ Era tal la glotonería de estos vivedores que, dice Luciano, "se inclinan sobre los platos como si esperasen hallar en ellos la Virtud."⁽⁴⁾

Estos maestros de la ética no parecen haber estado nada compenetrados de sus propias teorías, siendo su conducta desastrosa desde todos puntos de vista. Su promiscuidad carnal abarcaba la práctica de la pederastía, y con la mira de ganancias venales se prestaban a actos de los más bajos. Si consideramos que el mismo Séneca, mentor de Nerón, favorecía los excesos viciosos del joven Emperador para mantenerlo alejado de los asuntos gubernamentales, no nos extrañará la disputa entre filósofos que Luciano presenta en su **Simposio**, que trata de un banquete de bodas en que varios

de estos "sabios" están presentes, ocurriendo el siguiente altercado entre ellos:

"Zenotemis (a Hermón): ¡Tú te enredaste con la mujer de tu alumno.... y al ser descubierto fuiste castigado vergonzosamente....!"

"Cleodemis: Pero yo no soy alcahuete de mi propia esposa, como tú, ni he tomado en fideicomiso el dinero de mi alumno extranjero, jurando después por Atena Polías nunca haberlo recibido, ni presto dinero al cuatro por ciento (mensual), ni oprimo a mis discípulos si no pagan puntualmente mis honorarios,

"Zenotemis: ¡Pero tú no puedes negar haber vendido a (tu alumno) Critón un veneno para su padre!

"Y al decir esto, pues estaban bebiendo, Zenotemis vació sobre los otros dos filósofos el (vino) restante de su copa, que estaba medio llena.... Hermón, inclinándose, se secó el vino que le había caído en la cabeza y llamó a los presentes para que fueran testigos de lo que había sufrido. Cleodemis, no teniendo una copa, se volvió y le escupió a Zenotemis, y tomándole de la barba con la mano izquierda iba a golpearle la cara; hubiera matado al viejo si Aristeneto no le hubiese detenido la mano...."(5)

De hecho la descripción dada por Luciano en el **Simposio** de estos pseudo-sabios y de su conducta en los festines, los hace aparecer peores que albañiles en un cabaretucho. Sigue contando cómo después de aplacada la disputa antes narrada, dos de estos mismos filósofos llegaron a las manos al disputarse la más gorda del par de aves que se les había servido, y cómo

"arrojándose uno sobre el otro, se golpearon en la cara con las propias aves y se asieron cada uno de la barba de su contrario.... (y los filósofos presentes, dividiéndose en dos bandos) pelearon entre sí. Zenotemis, levantando una cazuela, la arrojó contra Hermón, a quien no acertó a pegar sino al novio, partiéndole el cráneo en dos.... Alquidamas.... le rompió la cabeza a Cleodemis y a Hermón la quijada.... Cleodemo le sacó un ojo a Zenotemis y.... le arrancó la nariz de un mordisco...."

"Fluía la sangre y las copas volaban por el aire. Finalmente Alquidamas volteó la lámpara y todo quedó a oscuras y, como era sólo lo natural, la cosa se hizo mucho peor.... Cuando alguien entró con una lámpara, Alquidamas fué sorprendido desnudando a una flautista y tratando de violarla.... Diosodoro fué descubierto haciendo otra cosa ridícula, porque

cuando se paró, se le cayó del seno una copa. Para disculparse, dijo que Ión se la había dado durante el tumulto, a fin de que no se quebrase, e Ión dijo acomodadamente que así había sucedido.”(6)

Luciano no descansa de criticar la afición de estos filósofos a la pederastia y de señalar el peligro que este vicio entrañaba para sus alumnos. Desgraciadamente esta acusación no puede desecharse. Chapman cree probable que la práctica de la pederastia por los antiguos filósofos contribuiría mucho al odio de Luciano hacia la filosofía, y si se recuerda que el mismo Sócrates fué pederasta, no es de extrañarse que Luciano asociase en su mente, la filosofía con la pederastia. Parece que Luciano sentía que existía cierta relación entre esta práctica tan anti-natural y las doctrinas rebuscadas de los maestros de filosofía.

Los comentarios de Luciano sobre los diversos sistemas filosóficos varían entre sí, ya que unas veces alaba y otras censura determinados aspectos de un mismo sistema. En general los condena a todos, pero como a veces hasta argumenta a favor de ciertos principios filosóficos, algunos de sus comentaradores han querido ver en Luciano un escéptico o un cínico u otro tipo de filósofo, a pesar de que un análisis de su obra revela que jamás se decidió a favor de ninguna escuela filosófica en concreto.

II.—LOS CINICOS

La escuela cínica es la que recibe a manos de Luciano a la vez la peor condena y la defensa más exaltada. Al escribir de Peregriño, el cínico que se inmoló espectacularmente durante la celebración de los juegos olímpicos, no puede encontrar términos suficientemente contumeliosos para expresar su desprecio absoluto por este sectario y sus discípulos; pero por otra parte,, en el *Descenso a Hades* presenta al alma de un filósofo cínico como una de las más puras, haciéndole decir a Radamanto, el juez de los finados: “Hace mucho tiempo era malo por ignorancia y así adquirí muchos estigmas (de pecados); pero luego que comencé a ser filósofo, se me lavaron del alma todas las manchas.”(7)

Esta alabanza tan franca de la filosofía cínica está en contradicción directa con las mofas usuales que Luciano le dirige. Siempre tiene presente el origen del nombre de los cínicos, tomado de

Kunosargos o sea el gimnasio del **Pez Perro**, en que el fundador de la escuela impartía sus enseñanzas. **Kuné** significa **perro** en griego y por lo tanto Luciano se empeña, siempre que sea posible, en comparar a los filósofos **cínicos** con los perros. En un pasaje característico, dice:

“Cada ciudad está llena de estos (filósofos) vividores, sobre todo de los que se inscriben en las filas (de los cínicos)..... colocándose bajo la insignia del Perro. No tratan de imitar en nada las buenas cualidades de la naturaleza perruna, como lo son su competencia como guardianes, su domesticidad, su amor al amo y su buena memoria, sino que (imitan más bien) sus ladridos, su glotonería, su inclinación al robo y su perpetuo estado afrosidíaco; su lisonjería y su modo de menear la cola a quienes les obsequien y de estar pegados a la mesa— todo esto han elaborado con gran exactitud.”⁽⁸⁾

Luciano aprovecha su **Venta de Vidas** para zaherir a Diógenes, cuya vida fué una traslación literal de la filosofía cínica al campo de los hechos. En esta **Venta**, Hermes, quien funge de subastador de filósofos famosos, llama a Diógenes “Aquel inmundo, del Mar Negro”⁽⁹⁾, y al ofrecerlo en venta lo recomienda como cuidador de casas, diciendo que será mucho más útil que un perro “pues se llama Perro.”⁽¹⁰⁾ No obstante esta recomendación, el comprador vacila, diciendo, “Me da miedo su aspecto sombrío y decaído; ¡no me vaya a aullar..... o morder!”

Entonces Diógenes explica qué cosas podrá enseñar al comprador si lo adquire, recomendándole por vía de primera lección: “Que tu voz sea bárbara y tu hablar..... cual ladrido..... En una palabra, que en todo seas bestial y salvaje. Desecha la vergüenza, la decencia y la moderación..... Haz a la vista de todos lo que otro no haría en privado y escoge las formas más absurdas de satisfacer tu lujuria.....” Cuando el comprador se anima finalmente a comprar a Diógenes, en vista de su precio tan bajo de sólo dos óbolos, Hermes hace entrega del filósofo exclamando, “¡Tó-malo! ¡Nos desharemos de él gustosos por molesto, gritón, insolente y mal hablado (que es) para con todos!”⁽¹¹⁾

Esta crítica de Luciano nos será más clara si recordamos que los cínicos predicaban que todas las necesidades del cuerpo deben satisfacerse en forma mínima, evitándose la comodidad, las posesiones y los lujos de manera de “no poseer a fin de no ser poseídos”,

según lo expresó Antístenes, fundador de esta escuela. Deseaban ser hombres "naturales" y llevar una vida lo más sencilla posible, independiente de artificios externos. De hecho vivían como perros en las calles de aquellas ciudades, y Luciano los rechaza como tales.

Sin embargo, el mismo Luciano admiraba algunos de los principios básicos del cinismo. Cuando en **De los Asalariados**, vilipendia a los filósofos que venden sus conocimientos de la virtud como si fuesen una mercancía cualquiera, prestándose a servir a base de sueldo en domicilios de ricos, habla con una violencia apostólica digna de un cínico verdadero o de un primitivo predicador cristiano preguntando: "¿Era tal tu falta de lupinos y de plantas silvestres, de tal modo te falló el agua fría brotante de las fuentes, para que llegases a este estado (de doméstico asalariado)? No. Está claro que no fué ni por falta de agua ni de lupinos sino por tu deseo de (gozar de) pasteles, carnes y vino fragante que fuiste atrapado como pez hambriento, enganchado muy justificadamente por la garganta, la parte que ansiaba esas cosas. . . . De ti han desaparecido, sin dejar recuerdo alguno, la libertad y el buen nacimiento, con todos sus atributos." (12)

La defensa más directa que Luciano hace de la filosofía cínica está en **Cinisco**, en que Lucino (o sea Luciano) censura al filósofo Ciniseo su modo de vivir. Aquí, por extraño que parezca, Luciano deja que su oponente le gane el argumento, haciéndole ver que los cínicos tienen razón en sus teorías.

Este diálogo se inicia con la censura de Lucino para las costumbres cínicas de Ciniseo. "Bebes agua como las bestias," dice Lucino. "Comes lo que encuentras, como perro; y tu cama no es superior a la de estos animales. Traes una capa no mejor que la de un desheredado de la fortuna. Y si crees que está bien que con esto te baste, entonces Dios hizo mal creando borregos lanudos, uvas para vino dulce, y tantas cosas maravillosamente variadas como son el aceite, la miel y lo demás, a fin de tener nosotros comida variada, bebida dulce, dinero, camas suaves, casas hermosas y todo lo demás admirablemente provisto. Pues hasta las obras de los artesanos son regalos de Dios. Es miserable vivir sin estas cosas, como... un preso privado de ellas por otros; pero es mucho más miserable que uno mismo se prive de todo lo bueno. Es locura manifiesta". (13)

Pero a continuación Ciniseo refuta a Lucino haciéndole ver que el uso moderado de las riquezas de la tierra es bueno, sólo que

los hombres “por insaciables y faltos de dominio de sí mismos, arrebatan todo, deseando disfrutar de todo cuanto hay, no sólo de lo que esté a su alcance, sino creyendo inadecuados los campos y los mares que tengan cerca; se traen placeres desde los extremos de la tierra, prefiriendo lo exótico a los artículos domésticos, lo caro a lo barato, lo difícil de obtener a lo fácilmente obtenible; prefieren, en una palabra buscarse dificultades en vez de vivir sin cuidados. Hacéis ostento de lo costoso y de lo primorosamente labrado, lo cual os causa muchos sufrimientos. . . . Considera. . . . el oro tan anhelado, la plata, las casas lujosas, los vestidos laboriosamente confeccionados, y lo que implican en sí—cuánto comercio, cuánto esfuerzo, cuántos peligros, y su costo sobre todo en sangre y muertes y destrucción de hombres, no sólo porque muchos encuentran su ruina al navegar (por estos lujos) y porque buscando y practicando su oficio sufren cosas terribles, sino también porque es por estos lujos que hay guerras frecuentes y conspiraciones de unos contra otros—de amigos contra amigos, de hijos contra padres y de esposas contra maridos. . . Y así es con todo: (Los hombres) no pueden abrigarse bien si no es con vestidos complicados, ni albergarse bien si no es en casas llenas de oro, ni tomar sus bebidas en copas que no sean de oro o plata, ni dormir bien tampoco si no es en camas de marfil. Pero verás muchas veces que en sus lechos de marfil y divanes de lujo, estos dichosos no pueden reconciliar el sueño. ¿Y hace falta decir que con los manjares lujosos y variados no sólo no se alimentan mejor sino que se maltratan el cuerpo creándose enfermedades?”(14)

Si en este pasaje Luciano nos recuerda a los primitivos predicadores cristianos, no sorprende, pues los cínicos pusieron las bases para el estoicismo, que a su vez influyó en los fundamentos del cristianismo. Otro pasaje de este mismo diálogo refleja no tanto el punto de vista cristiano como el budístico, de que el hombre promedio es gobernado por sus inclinaciones sensuales que lo llevan en carrera frenética hacia un destino desconocido. Esto tampoco es de admirarse, dado que la influencia oriental es muy marcada en las filosofías griegas.

En el pasaje aludido, Luciano hace que Cinisco señale francamente la futilidad de que los hombres den rienda suelta a sus deseos. “Soporto los fríos y el calor”, dice, “y no reniego de las obras de los dioses. . . . (pero) vosotros, con su felicidad, no os

conformáis con nada sino que criticáis todo. No os conformáis con el presente sino que anhelaís el pasado. En invierno pedís calor, y en verano invierno..... Como los enfermos, sois descontentadizos y quejumbrosos de vuestra suerte. En aquéllos la causa es su enfermedad, en vosotros vuestro modo de vivir..... No hacéis uso para nada ni del juicio ni del razonamiento, sino que os gobernáis por las costumbres y los deseos. De manera que en nada os diferenciáis de los que son llevados por un torrente primaveral.

“Pues éstos son llevados adonde vaya la corriente, y vosotros adonde os lleven vuestros deseos. Os pasa prácticamente lo que.... a quien está montado en un caballo furioso. El caballo se lo lleva y le es imposible desmontarse de él en plena carrera. Y si alguien se le acerca y le pregunta adónde va, el jinete contesta, ‘¡Adonde a éste le parezca!’ señalando al caballo. Y si alguien os pregunta, ‘¿Adónde vais?’ si optáis por decir la verdad, contestaréis, ‘¡Adonde a nuestros deseos les parezca!’ o bien, en casos individuales, ‘¡Adonde al placer le parezca!’ o ‘¡Adonde el deseo de la gloria (me lleve)!’ o bien ‘¡Adonde la avaricia!’ Unos dirán, ‘¡Adonde la cólera me lleve!’ otros ‘¡Adonde el miedo.....!’

“Porque no os habéis montado sobre un solo caballo sino sobre muchos, furiosos todos ellos, y por ellos sois llevados. Sin embargo, os llevan hacia precipicios y abismos. Antes de caer, ignoráis completamente que vais a caer.”(15)

Este pasaje recuerda la frase del cristiano Pascal: “Nous courons sans souci dans le précipice, après que nous avons mis quelque chose devant nous pour nous empêcher de le voir.”(16)

III.—EL ESTOICISMO

Luciano dedicó una obra larguísima, el **Hermotimo**, a derrocar los fundamentos del estoicismo, pero su crítica de esta escuela no es ni tan vívida ni tan interesante como la del cinismo. Para refutar la doctrina estoica recurre a razonamientos sólidamente escolásticos y cansados para quien esté acostumbrado a la brillantez ágil y penetrante con que Luciano suele expresarse.

Pregunta, por ejemplo, al estudiante Hermotimo cómo puede saber que la filosofía estoica sea la mejor y la única digna de estudiarse si no conoce las demás, careciendo por lo tanto de una base de comparación al elegirla; y también indaga en qué se basa Hermoti-

mo para creer que el estoicismo sea el camino de la felicidad perfecta si su propio maestro estoico no vive ni siquiera con tranquilidad relativa sino que pasa sus días luchando por obtener dinero, riñendo con los alumnos que no le paguen puntualmente y demostrando a cada paso su falta de dominio de sí mismo.

En el **Simposio** Luciano acusa a los estoicos de tener los mismos defectos que los cínicos y de ser hipócritas, avaros, sensuales, glotonos y abusadores. “Vosotros”, dice, “que alegáis que.... el dinero no vale la pena, procuráis más que nada obtenerlo, y por esto siempre rodeáis a los ricos, hacéis préstamos y cobráis intereses, y enseñáis a base de sueldo. (Alegando que) odiáis el placer y condenando a los epicúreos, cometéis los peores actos por el placer, sufriendo también que otros los cometan en vosotros. Si alguien no os invita a una cena, os enojáis; y cuando se os invita, coméis muchísimo, entregando otro tanto a vuestros criados (para llevarlo a casa).”(17)

En relación con esta acusación de que los estoicos son usureros, es interesante recordar que el estoico Séneca, mentor de Nerón y maestro del admirable Epicteto, no solo aprovechó su puesto como Primer Ministro del Imperio Romano para aumentar su fortuna particular a la modesta suma de unos treinta millones de dólares, sino que también prestaba dinero a rédito en las provincias romanas, cobrando intereses tan elevados que Tácito lo acusa de “exprimir” aquellas regiones.(18) Se dice que el mismo Séneca también fué un hedonista habitual en su juventud, y si se hacen tales acusaciones en contra de una de las figuras más destacadas de la escuela estoica, lo más probable es que el estoico promedio de la época de Luciano era igualmente malo cuando no peor.

Luciano saca a relucir con brillantez sus burlas de las escuelas filosóficas en la **Venta de Vidas**, adonde hace que nada menos que Crísipo, uno de los fundadores del estoicismo, se defienda del cargo de cobrar por sus enseñanzas. “No es por mí mismo que acepto dinero”, dice Crísipo, “sino por favorecer a la persona que me lo da.. Porque hay dos clases de hombres—los que gastan y los que retienen. Yo me disciplino a ser retenedor y a mi discípulo a ser gastador.”(19)

En el siguiente pasaje tomado de la misma **Venta de Vidas**, Luciano ridiculiza los silogismos clásicos de la escuela estoica:

“Crísipo (a su comprador prospectivo): Si un cocodrilo halla a (tu hijo) paseándose cerca del río y lo arrebató, prometiéndote devolvértelo si aciertas a decirle lo que ha resuelto sobre la devolución del niño, ¿qué dirás tú al cocodrilo que ha decidido?”

“Comprador: Por Zeus, ¡tú contesta la pregunta y sálvame a mi hijo! ¡No vaya a ser que se nos adelante la bestia devorándolo!”(20)

Este silogismo es típico de las hilvanaciones necias de aquellas doctrinas filosóficas caídas en manos de maestros ineptos. El del cocodrilo no tenía contestación, porque si el padre decía al cocodrilo que pensaba devorar al niño, el cocodrilo le diría que tenía razón y, para comprarlo, lo devoraría. En cambio, si el padre decía al cocodrilo que había resuelto devolverle al niño, el cocodrilo contestaría que estaba equivocado puesto que había resuelto comérselo. “La Figura Velada” es otro ejemplo de estas discusiones ociosas:

“Crísipo: Con respecto a la Figura Velada, oírás un argumento maravilloso. Contéstame esto: ¿Conoces a tu padre?”

“Comprador: Sí.

“Crísipo: Si te pongo delante una figura velada y te pregunto, ‘¿La conoces?’ ¿qué dirás?”

“Comprador: Desde luego, que no la conozco.

“Crísipo: Pero si esta figura es tu padre, entonces si no la conoces está claro que no conoces a tu padre!”(21)

Con estos ejemplos uno se da cuenta de por qué Luciano rechazó a estos pseudo-sabios, cuyos devaneos no lograban otro resultado práctico que el de confundir más todavía la mentalidad dudosa de los jóvenes acomodados que asistían a sus clases.

IV.—EL EPICUREANISMO

En general, Luciano se expresa favorablemente del epicureanismo, a pesar de estar directamente opuesta esta escuela filosófica al principio cínico, que Luciano parece hacer suyo, de no halagar los sentidos. Sus comentarios sobre el epicureanismo son tan favorables que llevaron a un comentarista a decir que “de todas las escuelas dogmáticas posteriores a Platón, Luciano recibió más de los epicúreos. Encontró en sus enseñanzas mucho que armonizaba con su propia teoría de la vida, especialmente con su espíritu general de escepticismo.”(22)

En relación con este juicio hemos de recordar que Luciano repudió expresamente todos los sistemas filosóficos. Si bien es verdad que Luciano vivió en forma alegre y algo epicureano, muchos lo han hecho y lo hacen así sin haber oído mentar siquiera el nombre de Epicuro. Hemos visto que también se podría hacer aparecer a Luciano como un cínico y, por otra parte, dado su escepticismo, ha habido quienes han querido hacer de él un discípulo de Pirro.

Lo cierto es que Luciano se expresa favorablemente, en lo general, de Epicuro y sus teorías. En la **Venta de Vidas** Epicuro es vendido en un momento en dos minas, dado lo alegre y atrayente de su doctrina; y en **Alejandro**, Luciano dice que "el maldecido (Alejandro) no sabía cuántos bienes trae el libro (de las doctrinas de Epicuro) a quienes lo leen, ni cuánta paz y serenidad y libertad de espíritu les inculca, alejando de ellos los terrores, apariciones, portentos y esperanzas vanas, así como los deseos superfluos. (Este libro) desarrolla en ellos la inteligencia, la verdad y la pureza de pensamiento, no con antorchas..... ni con (ritos) ni con tonteras semejantes sino mediante el razonamiento recto, la verdad y la franqueza."(23)

Además de esta alabanza, Luciano hace que, en un argumento presentado en **Dos Veces Acusado**, los epicúreos triunfen sobre la doctrina estoica de abstinencia de los placeres. Aquí el partidario del estoicismo alega que "está por verse si..... hay que vivir con el hocico pegado al suelo como puerco, sin pensar en nada sublime, o si, colocando al placer en segundo término, hemos de pensar serenamente como seres libres, ni temiendo al dolor como invencible ni optando por ser esclavos del placer....." Este argumento es refutado por el mismo Epicuro, a quien Luciano hace decir que el hombre cuerdo "cree que es tontera la doctrina de que la felicidad se origina en los sufrimientos y (por lo tanto) huye de éstos.....; pensando como un ser humano y no como un tonto, cree que el dolor es doloroso, como lo es, y que el placer es agradable....."(24)

En esta misma obra Luciano declara francamente que prefiere el epicureanismo al estoicismo puesto que, dice, esta doctrina exige que uno gaste "mucho sudor subiendo una cuesta empinada sólo para llegar a ver a la famosa Virtud y pasar el resto de su existencia penando, a fin de ser feliz después de la vida."(25) Para Luciano, que no creía en otra vida, era un disparate desperdiciar la actual huyendo del placer. No obstante, ya vimos que en **Cinisco**

aboga por la represión de los deseos, o sea por un punto de vista diametralmente opuesto al epicureanismo.

V.—OTROS FILOSOFOS

Con respecto a aquel sabio entre sabios, Sócrates, Luciano sigue su política acostumbrada de desprecio alternado con alabanza. Por una parte, en la *Venta de Vidas*, hace que Sócrates defina sus conocimientos diciendo, "Soy pederasta y sabio en materia erótica"⁽²⁶⁾, y en el *Simposio* aprovecha la discusión durante el banquete de bodas para que uno de los invitados haga el siguiente discurso: "Tal vez sea necesario, ya que están presentes hombres tan distinguidos, hablar de ideas y de entidades incorpóreas y de la inmortalidad del alma. A fin de que no me contradigan los que no crean en esta filosofía, diré lo apropiado con respecto al matrimonio. Lo mejor sería no necesitar del matrimonio sino, de acuerdo con Platón y Sócrates, ser pederastas; sólo éstos pueden perfeccionarse en la virtud. Si se necesita el matrimonio con mujeres, de acuerdo con el parecer de Platón deben tenerse las esposas en común, a fin de que estemos libres de los celos."⁽²⁷⁾

Estas citas nos revelan claramente el desprecio que sentía Luciano tanto por Sócrates como por Platón debido a sus tendencias pederásticas, pero en otros pasajes se contradice. Por ejemplo, cuando cita a un tal Nigrino como modelo de los filósofos verdaderos, dice que es un platonista que vive recluso en su casa para platicar "con la Filosofía, con Platón y con la Verdad."⁽²⁸⁾

Sigue la misma alabanza del pensamiento socrático-platónico, al decir que otro filósofo contemporáneo, de nombre Démonax, es:

"El mejor de los filósofos que yo haya conocido.... Probablemente se parecía a Sócrates sobre todo.... (Inspiraba en sus visitantes) alegría.... y mayores esperanzas para el futuro.... Nunca se le veía.... enojarse, ni cuando hubiera de reprender a alguien. Aunque censuraba los pecados, perdonaba a los pecadores. Aspiraba a seguir el ejemplo de los médicos que curan las enfermedades, sin enojarse con los enfermos. Creía que era sólo humano el pecar.... y de Dios, o de un hombre igual a Dios, el enderezar lo errado."⁽²⁹⁾

Todavía en otra obra, Luciano declara que Sócrates fué victimado por los hombres por haber defendido la Justicia⁽³⁰⁾. En con-

junto, vemos que el encomio que Luciano hace de Sócrates es tan elevado como zahiriente es su burla.

También el antiquísimo filósofo Pitágoras es motivo de alegre burla para Luciano. Dice que fué “un embaucador fabricante de milagros”(31), refiriéndose a las muchas curas milagrosas que Pitágoras efectuó en vida y que ahora se cree deben atribuirse sólo a sus conocimientos profundos de la psicología médica. Sabido es que la leyenda atribuye a Pitágoras, como uno de sus últimos actos antes de echarse al cráter del Etna, el haber resucitado a un muerto.

Como Pitágoras fué influenciado por la teoría hindú de la palingenesia, prohibió a sus sectarios el comer carne o frijoles. También decía Pitágoras que se acordaba de vidas anteriores, que en una de ellas participó en el sitio de Troya y que en otra fué una cortesana. Luciano saca todo esto por el lado humorístico, haciendo que Pitágoras aparezca reencarnado como un gallo en el **Sueño o el Gallo**, pero es un ave dotada de habla humana. Al platicar con su dueño, que es el zapatero Miquilo, el gallo Pitágoras confiesa haber prohibido la carne y los frijoles cuando era filósofo porque, dice, “Comprendía que si legislase lo usual, como los legisladores ordinarios, despertaría poco asombro entre la gente, y creí llegar a ser muy venerado si estableciese una innovación.”(32)

Este gallo-filósofo es sumamente cuerdo y simpático, y en la recorrida nocturna que él y su amo hacen de varios domicilios de ricos, convence al zapatero de que la vida oscura de los pobres es muy preferible a las eminencias inseguras de los ricos. Sin embargo, esta filosofía del gallo Pitágoras suena más a teoría cínica que a doctrina pitagórica.

Aunque algunos comentadores han querido representar a Luciano como un escéptico, su tratamiento de Pirro no favorece tal interpretación. En la **Venta de Vidas**, Pirro confiesa a su comprador que no sabe nada, ni que él mismo exista, pues de tanto pesar argumentos contrarios, no puede saber cuál sea la verdad. Reconoce que a fuerza de practicar el escepticismo, ha quedado “sin poder formular juicios, sin sentimientos siquiera, y enteramente igual a un gusano.”(33) Aun así, Hermes logra venderlo en una mina, pero al retirarse Pirro y su comprador de la subasta, van argumentando los dos sobre si Pirro ha sido o no vendido, alegando el mismo Pirro que no se puede formular ningún juicio ni sobre este punto ni sobre ningún otro.

Puesto que Luciano no sólo no dejaba de formular juicios sino que con demasiada frecuencia los formulaba y expresaba tan intempestivamente que después tenía ocasión de arrepentirse a sus anchas, realmente no se le puede llamar un escéptico envuelto, al estilo de Pirro, en una ponderación eterna.

El filósofo Demócrito, cuya teoría atómica ha sido llevada en días recientes a una realización de magnitud horripilante, es tratado con rapidez somera por Luciano, quien lo presenta en su **Venta de Vidas** sólo como uno de los dos extremos históricos de la filosofía. Ni el mercantil Hermes puede vender a Demócrito, porque éste se empeña en reírse locamente diciendo que “no hay que tomar nada en serio, pues todo es sólo un hueco, un fluir de átomos e infinitud”.⁽³⁴⁾ Desgraciadamente, ahora que hemos visto la comprobación material de su teoría, tal vez tengamos que reconocer que Demócrito y no Luciano tenía la razón, admitiendo que si todavía nos parece que existe algo digno de ser tomado en serio, bien puede ser que en alguna fecha futura no quede más que “un hueco, un fluir de átomos e infinitud.”⁽³⁵⁾

El otro extremo patológico señalado por Luciano, el de la filosofía atrabilaria, es representado en esta misma **Venta** por Heráclito, quien queda sin venderse al par de Demócrito cuando declara que “Los asuntos humanos son lamentables y dignos de lágrimas. . . . No me parecen grandes los males actuales (de la humanidad), pues los venideros serán mucho peores.”⁽³⁶⁾ El interesado en comprarle le rechaza al oír esto, diciendo que su mal está rayano en la locura hipocondríaca.

Luciano se burla también de los Peripatéticos quienes, siendo más que filósofos, realizaban la tarea laudable de hacer estudios científicos. En la **Venta de Vidas**, el Peripatético es vendido en un precio magnífico—veinte minas—cuando informa a su comprador que podrá enseñarle “la duración de la vida de un mosco; hasta qué profundidad el sol ilumina la mar; y cómo es el alma de los ostiones”; además de informarle detalladamente lo relativo a la “concepción y formación del embrión, y cómo el hombre es un ser que ríe mientras que el asno ni ríe ni construye casas ni navega.”⁽³⁷⁾

En cambio, resulta imposible vender en ningún precio a Arístipo, fundador de la escuela hedonista por excelencia, la de los Cirenáicos, porque el comprador interesado se percató inmediate-

te de que Arístipo no es sino un ebrio afecto a una vida de lujos y que no puede ni siquiera hablar de lo ebrio que está. Esta crítica de la embriaguez, que es sólo una de tantas en la obra de Luciano, también refuta la opinión de que Luciano se inclinase a favor del epicureanismo o hedonismo.

VI.—LA FILOSOFÍA DE LUCIANO

Visto el rechazo tan terminante que Luciano hace de los sistemas filosóficos como tales, tal vez parezca tan absurdo presentar una filosofía de Luciano como sería presentar una religión suya. Sin embargo, Luciano expresa demasiados conceptos filosóficos para que se le despidiera sin tratar de analizar cuál era su sentir respecto a la interpretación de la vida, o sea su filosofía.

Hay que recordar que las llamadas filosofías no son realmente filosofías. No son lo que Pitágoras quiso decir cuando acuñó el término **filosofía** (o sea **amor a la sabiduría**) para describir el afán de conocimientos que caracterizaba a los alumnos del centro de enseñanza que él estableció y dirigió en el Siglo VI A. C. A partir de Sócrates, la **filosofía** significa más bien un sistema de conceptos metafísicos, o bien una orientación o punto de vista determinado respecto de la vida; y es en este sentido que hablaremos de la filosofía de Luciano.

Luciano rendía culto esencialmente a la Verdad, y como su modo de pensar era básicamente moderno, en el sentido científico de dejarse convencer sólo por razonamientos sólidos y hechos incontestables, no pudo reconciliarse con ninguno de los sistemas filosóficos de aquella era. Al contrario, dice que todos ellos han de ser falsos, porque, mientras que la Verdad es única:

“ Epicuro cree que las cosas son de un modo, los estoicos de otro, los Académicos de otro. . . . manteniendo cada quien que la filosofía es algo distinto. . . . Digo que no puede existir una ciencia sin fundamento real. Pues ¿cómo es que la aritmética es una sola, que entre nosotros lo mismo que entre los persas dos y dos son cuatro, siendo reconocido esto lo mismo por los griegos que por los bárbaros, mientras que vemos muchas filosofías distintas entre sí, sin concordancia entre sus principios respectivos. . . . ? (La filosofía) no puede ser más que una, porque la sabiduría es única.”(38)

Chapman acierta al decir que los “pensadores (modernos) están preocupados por lo mismo que parece haber sido la esencia del pensamiento de Luciano, o sea la impotencia de los símbolos creados por los hombres para encerrar la Verdad. Estos símbolos no hacen más que sugerir la dirección en que está la Verdad.”(39) Las palabras de Luciano sobre este punto son que la Verdad es “vaga, de color indistinto....., desnuda, sin adornos, siempre fugitiva e imposible de sujetar.”(40)

El criterio de Luciano respecto de la filosoffa, en el sentido usual de la palabra, es paralelo a su actitud hacia la religión. Por una parte rechazaba a los dioses paganos, indignándose ante la estulticia de la plebe al creer que los dioses eran seres tan bajos como ellos—seres venales, de venta a cambio de sacrificios, susceptibles a la cólera y otras pasiones bajas, y propensos a planear venganzas mezquinas si no se les halagaba—, pues el Dios de Luciano era un ser tan infinitamente superior al hombre que no era posible ni concebirle. Y con respecto a la filosofía, Luciano tenía la misma veneración extremada por la Verdad que tenía por su dios desconocido: Consideraba que la Verdad es demasiado sublime para que sea posible encerrarla en unos cuantos preceptos ideados por mentes finitas.

Otro motivo básico en el ánimo de Luciano al rechazar las filosofías contemporáneas es que todas ellas señalan como su meta la felicidad, predicando los maestros de las diferentes escuelas que ellos poseían este secreto—a pesar de que de hecho vivían tanto o más miserablemente que sus contemporáneos legos. Dice Luciano que comprende que aquellas filosofías tienen atractivos—la buena fama, el prestigio y el consuelo que traen a sus secuaces—, mientras que si se concretasen a decir la verdad, todos se molestarían con ellas. Sin embargo, aun cuando esas filosofías proporcionen consuelos relativos, nunca ha encontrado él, Luciano, un filósofo que haya alcanzado la verdadera felicidad. Declara concretamente que “.....la virtud se manifiesta en la acción, en el hacer lo que es justo, sabio y digno de un hombre; pero..... los filósofos más avanzados..... no hacen caso de esto sino que pasan..... su vida buscando e inventando frases, silogismos y problemas miserables, aceptando al hombre que supere en esto como el triunfador glorioso..... Abandonan estúpidamente el fruto, consistente en la ac-

ción, para dedicarse afanosamente a la corteza y las hojas que se arrojan unos a otros en sus debates.”(41)

Luciano resume su sentir con respecto a estas sutilezas metafísicas al aconsejar: “La vida de los hombres ordinarios es la mejor, y tú serás más sabio si cesas de hacer especulaciones vagas y exámenes de fines y principios, despreciando los silogismos de estos sabios y considerándolos tontera. Procura sólo esto—hacer buen uso del presente y seguir adelante riéndote mucho, sin tomar nada en serio.”(42)

Con este desprecio de Luciano por la metafísica, no es de extrañarse que pregunte: “¿Dónde están la tan sonada Virtud, la Naturaleza, el Destino y la Suerte? Son nombres insubstanciales y huecos. . . . , inventados por esos hombres estúpidos que son los filósofos. . . . Oh Zeus, ¿has visto alguna vez a la Virtud, a la Naturaleza o al Destino?”(43) Siente lo mismo con respecto a la Filosofía, declarando que hace mucho que la anda buscando pero que nunca la ha podido hallar.(44)

Sin embargo, Luciano reconoce que la pretensión de ser filósofo trae consigo los beneficios innegables, aunque pocas veces reconocidos, de la Hipocresía, y hace ver que la mayoría de los filósofos sacan mucho provecho de su profesión, agregando que aun cuando no logren otra cosa “cuando menos pecan más moderadamente por respeto a sus hábitos.”(45)

A pesar de la oposición de Luciano hacia la filosofía estoica como tal, su pensamiento concuerda con ella en varios puntos—en la indiferencia que recomienda hacia el sufrimiento y el placer, y en su fatalismo. La definición de la felicidad que Luciano atribuye al filósofo Démonax, es clásicamente estoica:

“Sólo el hombre libre es feliz. . . . Quiero decir el que ni espera ni teme nada. . . . La mayor parte de nosotros somos los esclavos de la esperanza y del miedo. Si piensas en las cosas humanas, verás cómo no ameritan ni esperanza ni miedo, pues todas ellas, tanto las molestas como las gratas, tienen su fin.”(46)

Pero hay que tener presente que Luciano, quien en esta cita parece admirar al estoicismo, fué todo menos que un estoico en su modo de vivir.

En cambio, Luciano sí fué un fatalista, con ese fatalismo orientado de las **Mil y Una Noches**. “De nada sirve, oh Zeus,” dice, “prever el futuro si los hombres no pueden protegerse contra él. . . .

¿Acaso aquél que sepa que habrá de morir por la punta de una lanza podrá huir de la muerte con encerrarse? ¡Imposible! Porque el Destino lo sacará..... y lo entregará a la lanza.”(47)

Es característico de Luciano haber aprovechado este fatalismo racional para rechazar la responsabilidad moral de los hombres por sus actos y para tratar de derribar la creencia popular en castigos y recompensas ultramundanos. Cree que los hombres son sólo títeres que reaccionan automáticamente ante la sucesión inmutable de causas y efectos. Cuando Zeus explica pacientemente al filósofo Ciniseo que se premia a los virtuosos después de muertos, y que se castiga a los malos, Ciniseo le refuta diciendo:

“No debe castigarse ni premiarse a nadie..... Porque los hombres no hacen nada voluntariamente, sino obligados por una necesidad irresistible..... El Destino es la causa de todo. Si alguien mata, el Destino es el asesino, y si alguien roba un templo, sólo ejecuta lo ordenado. De manera que si Minós (el juez de los muertos) hubiese de juzgar con justicia, castigaría al Destinoporque ¿qué injusticia cometen (los hombres) al obedecer sus órdenes?”(48)

Luciano también presenta el lado humorístico de este fatalismo, haciendo que Hércules se sienta sumamente apocado al darse cuenta de que no fué él quien mató al león y a la Hidra sino las Pareas que realizaron aquello a través de él.

No obstante la oposición sistemática de Luciano a los sistemas filosóficos, se nota en él un residuo moral proveniente directamente de ellos. Alaba al filósofo Nigrino porque “exhortaba a sus discípulos a no posponer el ser buenos, como lo hace la mayoría de la gente, fijándose una fecha..... para comenzar a no mentir y a hacer lo que es debido. Insistía en que la inclinación hacia el bien no permitía ninguna demora.”(49) Este consejo sale sobrando, desde luego, dentro de un esquema fatalista, pero como los mismos estoicos predicaban la moralidad, tal vez sea un reflejo de su teoría. Por otra parte, pudiera ser un eco de la exhortación de San Juan Bautista, “¡Arrepentíos, porque está cerca el Reino de los Cielos!”

Otro indicio de la influencia estoica en Luciano es su declaración de que “el hombre inteligente se satisface y ama a las circunstancias que se le presenten, no considerando insoportable ninguna de ellas.”(50)

Por otra parte, Luciano concuerda con Espinoza al declarar que no es necesario presuponer la existencia de una Providencia para explicar la recurrencia periódica de determinados fenómenos, como, por ejemplo, la sucesión de las estaciones, la ruta del sol, la adaptación de los seres vivientes a su ambiente, etc. "No es fuerza," dice, "creer que los fenómenos recurrentes sucedan debido a una Providencia, porque.... es posible que hayan comenzado al azar, regularizándose después. Tú llamas su sucesión forzosa orden," y luego te enojas si alguien no está de acuerdo con tu sistema de catalogar y de alabar estos sucesos, creyendo que (tu sistema) es prueba de que cada uno de dichos sucesos es ordenado por la Providencia."(51)

Aparte de las implicaciones filosóficas de este parecer, vemos que el pensamiento de Luciano encierra el mismo concepto que habría de elucidarse siglos después; o sea que la sucesión de un hecho a otro, que llamamos causa y efecto, no puede afirmarse como invariable sino que debe considerarse verídica sólo dentro de los límites de nuestra experiencia.

Estos pareceres de Luciano—sus recomendaciones de sobrellevar la vida ecuánimemente, procurando hacer el bien aun cuando uno no crea en una Providencia personal, o bien de pasar la existencia riéndose uno y sin preocuparse por nada—contrastan extrañamente con el fondo de su sentir respecto a la vida humana. En efecto, cuando habla de la vida en tono serio, recuerda al Eclesiastés y a los apóstoles cristianos, por la nota recurrente de que todo es vanidad, sombra que pasa, humo que se disipa. Es tanto más sombrío este aspecto de Luciano por no proporcionar ninguna esperanza de una vida mejor después de la muerte.

Luciano recurre a Carón, el barquero que traslada las almas de los difuntos sobre la Laguna Estigia a Hades, para expresar su menosprecio total por la vida humana como un sueño mísero. En su obra, Carón obtiene permiso para tomarse un día de asueto para venir a conocer el mundo, porque de tanto oír los lamentos de los muertos, de tanto ver su renuencia al dejar la vida y sus esfuerzos desesperados para regresar a ella, se le ha despertado la curiosidad y el deseo de averiguar qué cosa tan maravillosa es la existencia humana para que hasta los hombres más valientes y sabios lloren desesperadamente su pérdida.

En los comentarios que Carón hace mientras Hermes le enseña y le explica la vida de los hombres, vemos reflejada el alma de Luciano en forma tan sombría que hace pensar que su jocosidad acostumbrada fué sólo una máscara piadosa, calculada para hacer la vida más llevadera para sí mismo y para quienes lo rodeaban. Estos pasajes son de lo más bello dejado por Luciano, y son en los que se basan muchos críticos para creer que el Carón es su obra maestra.

A fin de que Carón pueda observar cómodamente la vida humana, Hermes encima el monte Osa sobre el Olimpo y luego coloca el monte Pelión sobre los dos, y es desde la eminencia resultante que los dos dioses platican entre sí:

“Carón: Veo que es variada la actividad (de los hombres), que su vida está llena de tumulto y que sus ciudades parecen colmenas en que cada quien tiene su propio aguijón y pica a su vecino, mientras que unos cuantos andan molestando a los más necesitados. Pero, ¿qué es aquella multitud invisible que revolotea en derredor de ellos?

“Hermes: Son las esperanzas, oh Carón, y los temores, la ignorancia, los placeres, la avaricia, el coraje, el odio y otras cosas por el estilo. La ignorancia circula allí abajo entre los hombres, conviviendo con ellos, lo mismo que el odio y el coraje, la envidia y la estupidez, la duda y la codicia. El miedo y la esperanza vuelan por arriba de sus cabezas, bajando el miedo a asustarlos y a hacerlos estremecerse, mientras que la esperanza, suspendida sobre ellos, alza el vuelo cada vez que alguien cree asegurársela, dejándolo boquiabierto.....”⁽⁵²⁾

A continuación Hermes describe la vida de los hombres desde su punto de vista:

“No podría expresar lo risible que es (la vida humana), oh Carón, sobre todo las desmesuradas ambiciones de los hombres y el que, cuando están en camino de realizar sus esperanzas, sean arrebatados por nuestra amiga, la Muerte. Ella tiene, como ves, muchos..... servidores: las calenturas, las consumciones, y las pulmonías, las espadas, los bandidos, la ciente, los jueces y los tiranos. Los hombres no se acuerdan de nada de esto mientras les vaya bien, pero cuando se tropiezan, entonces son los ayes y los lamentos! Si desde un principio pensasen en que son mortales y que han de permanecer poco tiempo en la vida sólo para dejar, como se deja un sueño, todo lo que está sobre la tierra, vivirían más moderadamente y sufrirían menos al morir. Como son las cosas, esperan gozar

siempre de lo que tienen, y cuando.... la Muerte los llama y se los lleva atados por una fiebre o una consunción, se enojan por tener que irse, porque no esperaban ser arrebatados de sus posesiones.....”(53)

Es casi inhumana la burla que Luciano hace en seguida de las proezas de los hombres y su orgullo de ellas, recordándonos que los vencedores más grandes tienen que ser vencidos irremisiblemente:

“Hermes: Aquél es Milón, el atleta de Crotona. Lo están aplaudiendo los griegos, porque ha cargado al toro y lo lleva a través del estadio.

“Carón: Cuánto más justo sería, oh Hermes, que a mí me aplaudiesen, ya que dentro de poco tiempo tomaré al mismo Milón y lo echaré en mi barea, cuando se presente entre nosotros derrocado por aquella antagonista invencible, la Muerte, sin saber siquiera cómo tropezó. Entonces lo oiremos lamentarse, acordándose de estos laureles y de estos aplausos..... ¿Qué, acaso no espera morir algún día?

“Hermes: ¿Por qué había de pensar ahora en la muerte, estando en la cúspide de la gloria?

“Carón: Dejémoslo. Dentro de poco nos hará reírnos, cuando atraviere la Estigia y no pueda levantar ni un zancudo, mucho menos un toro!”(54)

A pesar del desprecio tan acentuado por la vida que Luciano expresa, no creía en el suicidio. Al contrario, lo censura como una “huida de la vida.”(55) No obstante, ve la muerte como una bendición, llevando esta opinión suya a extremos también inhumanos en *El Luto*, al mofarse de los lamentos de un padre cuyo hijo acaba de morir. Dice Luciano que si el joven pudiese levantarse en su féretro y hablarle, le dirigiría las siguientes palabras:

“Oh hombre desafortunado, ¿por qué gritas? ¿Por qué me molestas? ¿Deja de arrancarte el cabello y de arañarte.... la cara! ¿Por qué me insultas llamándome infeliz y malhadado cuando me he hecho mucho mejor y más feliz que tú? ¿Qué desgracia crees que esté sufriendo? ¿Es porque no he llegado a ser un viejo como tú, con el cráneo calvo, la cara arrugada, encorvado, las rodillas temblorosas, enteramente podrido por los años....? Mira, puesto que parece ignorarlo te enseñaré a lamentarte en forma más verídica: Comenzando de nuevo, grita, ‘Ay de mi hijo, ¡ya jamás tendrás sed, ya jamás tendrás hambre ni frío! El desdichado se me ha ido, huyendo de las enfermedades. ¡Ya no temerás las fiebres ni a los

enemigos ni a los tiranos! ¡Jamás te molestará el amor ni te atormentarán sus placeres....! ¡Jamás serás despreciado al llegar a viejo, ni serás considerado una carga por los jóvenes!" (56)

Es en sus descripciones de la existencia de los finados en Hades, aquel lugar cruel de tedio y desolación eternos, que Luciano llega a la realización más completa de su concepto de la vida humana como un carnaval pasajero, desprovisto de todo significado constructivo o perdurable. Hace que Ménipo narre una visita a Hades, así:

"Con tantos esqueletos yaciendo en el mismo lugar, todos mirando en forma horrenda y vacua y enseñando los dientes pelones, me vi apurado para distinguir a Tersites del bello Nireo, al mendigo Iro del rey de los Faccios, y al cocinero Pirrías del rey Agamemnon.... Al mirar aquello, me pareció que la vida de los hombres es semejante a una larga procesión, con la Suerte encargada de proveer y distribuir todas las cosas, ataviando ella a los participantes en el desfile, de modos variados y distintos entre sí.

"Tomando a cualquiera al azar, lo viste regiamente, colocándole su tiara, proveyéndole de guardias y ciñéndole la cabeza con una diadema; mientras que a otro lo viste de esclavo. A uno lo adorna para que sea bello, a otro lo presenta deforme y ridículo. Pues hace falta, creo, que el espectáculo sea variado. Muchas veces, cuando va la procesión a medio camino, la Suerte cambia los vestidos con que entraron algunos de los participantes, no dejándolos llegar hasta el fin en sus papeles originales, sino ataviéndolos de otro modo, obligando a Creso (a dejar de ser rey para) vestirse de esclavo y cautivo, y a Menandro, quien hasta entonces desfilaba entre los esclavos, a ponerse el traje real de Políferates.

"Por un tiempo breve la Suerte deja a cada uno llevar puesto su vestido pero después, al vencerse el plazo del desfile, cada quien le devuelve su equipo, quitándose su ropa conjuntamente con su cuerpo, para volver a ser lo que era antes de nacer, no diferenciándose en nada de su prójimo. Cuando la Suerte se presenta y pide la devolución de sus adornos, algunos se muestran ingratos.... indignándose como si se les privase de algo suyo en vez de pedirseles la devolución de lo que sólo (se les prestó) para disfrutar de ello por un plazo corto." (57).

Aquí se nota el colorido socialista del pensamiento de Luciano. En efecto, nunca pudo librarse de su preocupación por los lujos y

distinciones inmerecidos, según él, de los ricos y su contraste con el sufrimiento de los pobres. Recalca la paridad del tratamiento que la Muerte da a todos, porque le consuela pensar que ella anula todas las diferencias sociales, beneficiando así a los pobres tanto como perjudica a los ricos.

Luciano subraya alegremente este punto en su **Descenso a Hades** al contar cómo, cuando el pobre zapatero Miquilo está atravesando la Estigia en la barca de Carón, Hermes le reclama el que no se lamenta como los demás difuntos, ordenándole que se queje un poco "según es costumbre". Al obedecerle Miquilo, poniéndose a lamentar, Luciano nos hace ver que consideraba el don de la vida como una condena para los pobres.

"Bueno," dice Miquilo a Hermes, en esta obra "me lamentaré, puesto que así lo desean. ¡Ay de mis suelas! ¡Ay de las botas viejas! ¡Ay de las sandalias podridas! ¡Ya jamás, oh desdichado de mí, me estaré sin comer desde el amanecer hasta la noche! ¡Ya jamás caminaré durante el invierno, descalzo y medio desnudo, castañeteando los dientes por el frío! ¿Quién heredará mi cuchillo y mi lezna?"⁽⁵⁸⁾ En cambio el rico Megapento, que va en la barca con Miquilo, implora a la Parca Cloto que se le devuelva a la vida, suplicándole: "Aunque me hagas un hombre vulgar, un pobre o aún un esclavo en lugar del rey que era, ¡déjame vivir otra vez!"⁽⁵⁹⁾

Al considerar las citas anteriores, debemos tener presente que Luciano no creía en la otra vida. Utiliza el Hades más bien como una forma alegórica ya establecida para recalcar la naturaleza transitoria de los goces y sufrimientos humanos y la estulticia de los hombres al aferrarse a la vida y sus posesiones como si fuesen eternos. El parecer de Luciano sobre la mortalidad del espíritu humano es terminante. Pregunta: "Después de todo, tonto de mí, ¿qué otra vida he de vivir?"⁽⁶⁰⁾

La filosofía personal de Luciano está caracterizada por un rasgo que a primera vista parece marcadamente cínico—la alabanza de la pobreza por las virtudes que inculca, con la censura correlativa de la riqueza por los vicios que fomenta. Este punto de vista fué mucho más que un simple parecer de Luciano; llegó a ser casi una obsesión en él.

Es en el **Timón** que nos presenta su defensa más positiva de la pobreza, describiendo cómo Timón, el personaje principal de este diálogo tragi-cómico, se benefició al ser lanzado desde la opulencia

en que vivía a los brazos de la miseria, gracias a los abusos de sus amigos parásitos. Cuando Zeus se compadece de los sufrimientos de Timón y decide compensarle su piedad religiosa con mandarle un tesoro, la Pobreza protesta diciendo:

“¿Conque ahora manda (Zeus) a la Riqueza a Timón cuando, habiéndolo recibido yo de manos de ella en tan mal estado...., lo entregué a la Sabiduría y al Trabajo y así he hecho de él un hombre noble y digno en todos sentidos? ¿Tan fácil de despreciar os pareceo yo, la Pobreza, y tan fácil de perjudicar, que se me pueda quitar mi única posesión, cuidadosamente formada de acuerdo con la Virtud, para que la Riqueza tome nuevamente a Timón y, entregándolo a su vida anterior, lo haga muelle, inuible e ignorante, sólo para devolvérmelo otra vez hecho un harapo?”(61)

En el mismo **Timón**, Luciano explica que los hombres aceptan gustosos la Riqueza, por no darse cuenta de los males que trae consigo. Ella misma describe su sistema de operar que, sea dicho de paso, se parece mucho al de una ramera:

“Para no verme del todo deforme, me pongo una máscara seductora, entretejida con oro y joyas, y un vestido multicolor, y luego salgo al encuentro de (mis amigos prospectivos). Ellos, creyendo ver mi cara verdadera, se enamoran de mí, desesperándose si no me logran.... Cuando alguien me encuentra por primera vez, abre la puerta de par en par para recibirme, y a escondidas entran conmigo la Presunción, la Ignorancia, la Arrogancia, la Molición, la Insolencia, el Engaño y otros muchos vicios. Con su alma ya prendida por todos éstos, (mi amante) se admira de lo que no amerita admiración y anhela lo que debe rechazarse; y a mí, la progenitora de todos esos males,.... adora, y sufriría todo antes que perderme.”(62)

Sin embargo, este criterio cínico de Luciano es débil, precisamente por su falta de base en la realidad. El mismo señala repetidas veces lo duro y amargo que es la vida de los pobres, y su odio y condena de la riqueza están fundados no en los males inherentes al lujo exagerado sino en el contraste que proporciona éste con las penas de los desheredados de la fortuna. Se complace repetidas veces recalando cómo los ricos sufren cuando se les presenta la Muerte a desprenderlos de sus posesiones, mientras que los pobres se levantan alegres a seguirla, ya que para ellos la Muerte significa el fin de sus sufrimientos. “El alma de los ricos,” dice Luciano, “es-

tá sujeta por los placeres como por una viscosidad y no desea desprenderse fácilmente. Son como ligaduras irrompibles.”(63).

En cambio, el pobre zapatero Miquilo describe el gusto que le dió la llegada de la Muerte. “Apenas (La Muerte) me había hecho la seña,” dice Miquilo, “tiré con gusto mi cuchillo y el cuero— pues tenía una sandalia entre las manos—y levantándome de un salto, descalzo y sin quitarme el tinte negro siquiera, la seguí o, más bien dicho, la precedí, mirando hacia adelante. Porque no quedaba nada a mis espaldas que me hiciera volver la vista atrás, ni me llamaba nada.”(64)

En esta misma obra Luciano revela claramente su verdadero sentir respecto a las virtudes relativas de la opulencia y de la miseria, subrayando que no pretende alabar a la pobreza en sí—pues dice claramente que la vida es un fardo espinoso para los pobres—, ni despreciar a la riqueza en sí, sino que más bien experimenta una satisfacción íntima al pensar que con la Muerte se voltea todo al revés. “Veo que entre vosotros todo es bello,” dice Miquilo al llegar a Hades. “Todos son iguales y nadie sobrepasa a su vecino, y esto me parece dulcísimo. Aquí los acreedores no exigen pagos, aquí no se cobran impuestos. Y sobre todo, aquí no se hiela uno en invierno, ni se enferma, ni es golpeado por otros más poderosos. Todo es paz y las cosas están al revés: Nosotros los pobres nos reímos mientras que los ricos se vejan y lloran.”(65)

En el **Gallo**, Luciano hace que Pitágoras diga al mismo zapatero Miquilo, “Oye esto: ¡nunca he visto a nadie vivir más feliz que tú!”, para significar que la vida de los pobres es la ideal. Sin embargo, Luciano se contradice nuevamente a este respecto al describir el encuentro entre la Muerte y el pobre filósofo Cinisco: “¿Qué injusticia te haría yo para que me dejases en el mundo tanto tiempo?” pregunta Cinisco a la Muerte. “¡Casi desenredaste todo el hilo de tu rueca para mí! Muchas veces traté de venir, quebrando el hilo, pero no sé cómo era que no se podía romper.”(66).

Esta contradicción aparente en el parecer de Luciano sobre la riqueza y la penuria no es difícil de explicar: Por una parte comprendía que la opulencia corrompe a los hombres, y por la otra veía que si bien la pobreza los hace fuertes y, a veces, virtuosos gracias a la disciplina del trabajo constante, la miseria es una carga bien poco agradable de soportar. Más que a la pobreza idealizada de los cínicos, Luciano aspiraba a un estado económico que representase

una repartición pareja de los bienes materiales, a fin de evitar tanto los vicios de la opulencia como los sufrimientos de la miseria. En esto también su pensamiento estaba adelantado al de sus contemporáneos en unos dos mil años; pues si bien Platón ya había propuesto la comunidad de bienes en su República, pocas personas quisieron respaldar esta teoría antes de tiempos muy recientes.

Luciano mismo no fué ningún aseeta cínico, empeñado en castigar su cuerpo con privaciones materiales. Le gustaba más bien el término medio de la comodidad razonable, pero su sentir íntimo estaba decididamente a favor de los pobres y en contra de los ricos.

Es en el siguiente pasaje que Luciano condena a la Riqueza con mayor grafismo:

“Imágnate un portal alto y dorado, fincado no en un llano sinosobre una colina. La subida es empinada y resbalosa, a fin de que muchas veces los que creen estar ya cerca de la cúspide, tropiecen y se rompan el cuello. Adentro está sentada la Riqueza en persona. Toda ella es de oro y, al parecer, hermosa y atrayente. Después de haber subido penosamente, su amante se acerca al portal y contempla deslumbrado el oro. “Luego la Esperanza, hermosa ella también y alegremente vestida, lo recibe y lo lleva adentro, tremendamente impresionado. La Esperanza siempre se le va por delante y otras mujeres lo reciben sucesivamente—el Engaño y la Esclavitud, quienes lo entregan al Trabajo que ejercita al infeliz en mil sufrimientos. Finalmente, cuando ya está envejecido, lo entrega enfermo y alterado a la Vejez. Después la Insolencia se apodera de él y lo arrastra hasta la Desesperación.

“Entonces la Esperanza, que se ha hecho invisible, vuela; y en lugar de las puertas doradas por donde entró, se saca al hombre a empujones por una salida remota y secreta, siendo él ya un viejo desnudo, pálido y barrigón, tapándose las partes pudendas con una mano y estrangulándose con la otra. Al salir, viene a su encuentro el Arrepentimiento, que no sirve para nada a menos que sea para acabar de destruir al infeliz.”(67)

Resumamos la filosofía de Luciano, o sea su sentir con respecto a la vida humana:

No se puede precisar la Verdad; lo más que el hombre puede y debe hacer es tratar siempre de acercársele. No es posible fijar ninguna base científica e irrefutable para la filosofía, por no tratarse de una ciencia exacta; por lo tanto no se puede aceptar ningún principio filosófico como absolutamente verídico y preciso. Es vanidad

nociva quebrarse la cabeza con abstracciones filosóficas como la Virtud, la Naturaleza, etc., pues no existen; y peor aún entretenerse con silogismos capciosos.

Aparentemente es imposible alcanzar la felicidad en esta vida. El determinismo gobierna la existencia de los hombres y, por lo tanto, lo mejor es vivir lo más despreocupadamente posible, sin esperar ni temer nada. El individuo no es responsable de sus actos; sin embargo, debe tratar de vivir en forma moral. No se sabe que haya una Providencia personal, pues no hay prueba de ello.

La vida es un sueño cruel, lleno de agitación vana, sin ninguna esperanza de inmortalidad. Tanto la riqueza como la pobreza acarrearán sufrimientos; y dada la naturaleza pasajera de la existencia humana, los hombres debieran vivir pensando en la muerte, y no en desplumarse unos a otros. Como todos están presos en la misma red de carne que es la vida, lo mejor es tratar de vivir alegremente, para hacerse la existencia más llevadera para sí mismos y para los demás, y soportar todo ecuanímente hasta ser libertados por la muerte.

Sin saberlo él mismo, Luciano tenía mucho de estoico, y al par de los pensadores de esta escuela, fué tanto más digna de alabanza su ética por carecer de sostenes sobrenaturales.

CAPITULO IX

EL ICONOCLASTA ANTE LOS DIOSSES

1.—Zeus y Luciano. 2.—Otras Deidades. 3.—Heterogeneidad de los Dioses del Olimpo de Luciano. 4.—Tradiciones Religiosas. 5.—Luciano ante la Religión.

Al tratar de la época de Luciano, vimos algo de la dureza con que él ataca las supersticiones y creencias exóticas prevalecientes entre sus contemporáneos. De no tomarse en cuenta la situación reinante en aquel siglo en materia religiosa, podría creerse que Luciano era un pensador ateo o agnóstico por convicción; pero si consideramos la ignorancia abyecta con que los pueblos del Imperio Romano aceptaban toda clase de charlatanismos en aquel siglo, comprenderemos mejor la indignación de Luciano ante semejante situación.

De todos los escritores del Siglo II A. D., sólo Luciano y el médico Galeno supieron guardar una actitud racional respecto a la corriente de creencias en lo sobrenatural. Entre sus contemporáneos estaban los dos Plinios, que creían en los sueños como augurios de los dioses; Plutarco, que repetía anécdotas sobre la providencia divina; y Suetonio y Tácito quienes narraban sucesos sobrenaturales con credulidad aparente.⁽¹⁾ Sabemos que no sólo la plebe sino hasta las personas cultas creían en los oráculos, los augurios, los sueños y la adivinación. Los mismos cristianos de aquella época aceptaban como válidos los relatos de milagros efectuados por cultistas paganos por el estilo del famoso charlatán Alejandro, a quien ya nos referimos detalladamente.

Parece que la causa básica de este estado caótico en materia religiosa en el Siglo II A. D., fué que el pueblo romano ya se había hartado de progresos materiales y de excesos sensuales y que buscaba algo más permanente. La revista que hemos hecho de las costumbres prevalecientes en la época de Luciano indica que aquél fué un siglo de licencia, pero aun así representaba de hecho un estado social sensiblemente más moral que el del siglo anterior, en que reinaron Calígula y Nerón.

Eran tales el hastío y desolación espirituales de aquella gente que el mismo Marco Aurelio dijo, "¿De qué me sirve vivir en un universo sin dioses y sin Providencia?"⁽²⁾, resumiendo en estas palabras el sentir de sus contemporáneos.

Sin desconocer que los anhelos espirituales de la conciencia humana constituyen su aspecto más elevado, no sorprende que Luciano se haya indignado ante el oscurantismo, la superchería, los ritos bárbaricos y el charlatanismo que iban ganando terreno en su siglo, medrando gracias al ansia de sus contemporáneos por encontrar cierto solaz espiritual.

Como Trever dice, Luciano fué verdaderamente una voz que clamaba en la soledad contra estas corrientes de fanatismo ciego. Dedicó gran parte de su obra a satirizar las supersticiones de su era, con la vana esperanza de extirparlas, cuando menos en parte. Lo ayudaron mucho la picardía humorística y la gracia penetrante con que supo presentar sus críticas de las deidades olímpicas y del charlatanismo contemporáneo. Se concretó a atacar sólo las religiones y cultos paganos, mencionando al Cristianismo únicamente

en términos de admiración sincera por las cualidades de los conversos a esa fe.

I.—ZEUS Y LUCIANO

A juzgar por lo que Luciano dice en **Ménipo**, parece que su actitud anti-religiosa tuvo principio en su niñez, según él mismo relata:

“Cuando era niño, oía narrar lo que cuentan Homero y Hesodo de las guerras y riñas no sólo de los semi-dioses sino de los dioses mismos, así como de sus adulterios, asaltos, abducciones, pleitos, destierros de sus padres y bodas entre hermanos. Entonces pensaba que todo esto estaba muy bien hecho y me sentía impulsado a imitarlos.

“Pero al llegar a adulto, aprendí que las leyes ordenan lo contrario de lo que alaban los poetas—no ser adúltero, no reñir, no secuestrar a nadie. Entonces me encontré con mucha duda y no sabía cómo comportarme. Porque pensaba que los dioses no serían ni adúlteros ni peleoneros entre sí, si no creyesen buenos tales actos; mientras que por otra parte los legisladores no aconsejarían lo contrario si no lo estimasen bueno.”(3)

Estaremos de acuerdo en que Luciano tenía sobrada razón al no sentirse convencido con el comportamiento de los dioses griegos. En su obra estas deidades son las mismas de los autores clásicos, con la importante excepción de que Luciano ha utilizado los mitos establecidos para acentuar las flaquezas y errores de los dioses. Su obra presenta a las deidades olímpicas como los personajes de una tragedia-comedia deliciosa. Conservan sus características tradicionales sólo para menoscabo de su dignidad divina.

Luciano no creía en la existencia de Zeus, y su sátira de este rey divino tiene por objeto demostrar que no puede existir una deidad personal capaz de cumplir los numerosísimos deberes que los hombres atribuyen a un dios soberano. No obstante, crea en la mente del lector una impresión nítida respecto a la personalidad de su Zeus no-existente. En su obra los defectos humanos de Zeus son amplificados por la inmortalidad, pero a pesar de esto el Zeus de Luciano resulta ser un personaje noble y digno de afectuoso respeto.

Este Zeus está ya viejo y cansado de ser el dios supremo; ya no le quedan ni la energía ni la capacidad necesarias para realizar sus

funciones reales, pero aun así lucha por cumplirlas mientras haya quien crea en él. Se queja amargamente de que los filósofos digan que "la felicidad es sólo de los dioses"⁽⁴⁾ cuando él, Zeus, el rey y padre de todos ellos, tiene que soportar mil cosas desagradables y vivir importunado por toda clase de vejaciones. En esta queja tenemos al verdadero Zeus lucianesco:

"Tengo que vigilar las obras de todos los demás dioses para que no vayan a cometer errores, y luego yo mismo tengo que cumplir otros mil deberes propios, casi imposibles de realizar por lo minuciosos que son..... (y al mismo tiempo de hacer esto) tengo que estar pendiente de todo..... para ver quién roba, quién perjura, quién sacrifica..... quién me habla desde su lecho de enfermo y quién desde el mar. Lo más difícil de todo es asistir en un mismo momento a una hecatombe en Olimpia y a una guerra en Babilonia, mientras granizo a la vez en Geta y asisto a un banquete en Etiopía.....

"Los demás dioses..... duermen toda la noche, pero a mí, Zeus, el dulcísimo sueño jamás visita. Porque si dormito un solo momento, Epicuro hace aparecer justificadamente a nosotros los dioses como faltos de previsión de lo que sucede en la tierra. Y esto no encierra poco peligro, porque si los hombres se dejan convencer por Epicuro, entonces nuestros templos se quedarán sin guirnaldas y nuestros nichos sin el humo de los sacrificios. No se nos ofrecerán libaciones, estarán fríos nuestros altares, y..... tendremos mucha hambre."⁽⁵⁾

En esta cita y en la siguiente Luciano nos presenta al Zeus clásico, recalcando afectuosamente lo absurdo de su papel. El mismo Zeus sabe que su culto se va acercando a su ocaso, pero no por eso abandona sus deberes, según se ve por el siguiente pasaje en que Luciano describe la visita que un griego, Ménipo, hace al cielo para averiguar si hay dioses y cómo son, ya que los filósofos lo han dejado tan confuso que no sabe a qué atenerse:

"'Dime, Ménipo,' dijo (Zeus), '¿en qué concepto me tienen los hombres?'

"'En qué concepto, señor,' contesté, 'sino en el más reverente,—que eres el rey de todos los dioses.'

"'Bromeas,' respondió, 'pues bien conozco su afán por lo novedoso, aun cuando no me lo dignas. Hubo un tiempo en que dos. De tanto humo que subía de los sacrificios, no podía yo altares en) Dodona y Pisa eran brillantes y venerados por topara ellos yo era oráculo y médico y todo en uno..... (Mis ni ver. Pero desde que Apolo estableció a su oráculo en Del-

fos y Aesclepio su sanatorio en Pergamo, y desde que se construyó en Tracia el templo de Bendis, en Egipto el de Anubis y en Efeso el de Artemisa, todos celebran sacrificios en aquellos lugares. . . . pasándome a mí por alto, por creer que se me venera suficientemente si cada cuatro años se me hacen sacrificios en Olimpia. ¡De modo que verás mis altares más fríos que las leyes de Platón o los silogismos de Crisipo!

“Hablando de esto llegamos al lugar en que Zeus se sentaba a oír las oraciones. Había una hilera de ventanitas, semejantes a los brocales de los pozos, con tapas, y al lado de cada una estaba un trono de oro. Sentándose Zeus en el primero y quitando la tapa, se puso a oír a los que le estaban rezando, desde todas partes de la tierra. . . . Me incliné para escuchar simultáneamente con Zeus las oraciones.

“Eran así: ‘¡Oh Zeus, hazme rey!’ ‘Oh Zeus, ¡haz crecer mis cebollas y mis ajos!’ ‘Oh dioses, ¡que se muera pronto mi padre!’ Y otros rezaban: ‘Ay, ¡que herede yo los bienes de mi esposa!’ ‘Ay, ¡que pueda yo urdir un complot contra mi hermano sin que se note!’ Entre los navegantes uno pedía que soprase el viento boreal, otro que el viento del sur. Un agricultor pedía lluvia, un tintorero sol.

“Al escuchar y examinar cuidadosamente cada oración, Zeus no prometía todo sino que a uno le concedía y a otro le negaba su petición. Dejaba subir por el orificio las oraciones justas, colocándolas a mano derecha, mientras que regresaba a la tierra las oraciones impías sin atenderlas, soplándolas hacia abajo, a fin de que no se acercasen al cielo. Le vi apurado en un caso en que dos hombres le pedían cosas contrarias, prometiendo sacrificios iguales, y Zeus no sabía a cuál de los dos conceder su petición.”⁽⁶⁾

Esta descripción de Zeus, haciendo concienzudamente la ronda de las “ventanitas” del cielo, es tan simpática y tan gráfica que despierta cierta nostalgia por los tiempos en que este dios existía, gracias a la creencia de los hombres en él.

Vemos que este Zeus es un dios venal, existiendo una correspondencia bien definida entre su misericordia y el valor de los sacrificios que se le hacen. Resiente el hecho de que algunas personas le prometan grandes ofrendas en momentos de peligro, sólo para reducirlas al mínimo cuando se ven a salvo, y se queja del caso concreto de un navegante que, al ver que su barco se iba sobre las rocas, prometió a Zeus sacrificarle hecatombes enteras si se le salvase y que, una vez socorrido y viéndose en tierra firme, festejó a dieciséis dioses con un sacrificio consistente en “¡un gallo. . . . viejo

y acatarrado y cuatro tortas de incienso que de tan enmohecidas se apagaron luego, no proporcionando suficiente humo ni para olerlo con la punta de la nariz!"(7)

En cambio, cuando se le hacían buenos sacrificios, Zeus sabía agradecerlo. En **Timón**, se molesta primero al oír las quejas de este hombre a quien la hueste de amigos parásitos ha dejado en la miseria, pero cuando Hermes lo identifica, Zeus dice, "¡No hay que... abandonarlo....! Nosotros seríamos iguales a esos maldecidos aduladores si nos olvidásemos de quien ha quemado tantos miles de toros y chivos gordos sobre nuestros altares. ¡Todavía siento en mis narices su grato olor!"(8)

Esto se entiende mejor si tenemos en cuenta la importancia de los sacrificios para las deidades. Luciano refiere que: "Los dioses se sientan en derredor de Zeus.... y miran hacia la tierra.... inclinándose para ver si en algún lugar se enciende una hoguera o si sube vapor de algún sacrificio.... Y si alguien celebra un sacrificio, todos (los dioses) banquetean, boqueando para recibir el humo y tragándose la sangre vertida en los altares como si fuesen moscas."(9) En efecto, los sacrificios tienen tal importancia como el alimento principal de los dioses que en una asamblea divina que Luciano describe, hasta se oyen gritos de "¡Sacrificios mancomunados para todos!"(10)

Según Luciano, las emanaciones de la tierra que se elevan al cielo afectan tanto a los dioses, y éstos son tan impotentes para aliviarlas, que cuando Peregrino se echó vivo a la hoguera, Zeus casi se enfermó con la pestilencia que despedía el cadáver al asarse, contando después el mismo Zeus: "Si no hubiese ido derecho a la Arabia,.... me hubiera muerto con ese humo tan asqueroso. Aun así, entre la fragancia y derroche de perfumes e incienso, apenas si puedo mi nariz olvidar.... la corrupción de aquel olor."(11)

En sus relaciones familiares, el Zeus de Luciano es afectuoso y solícito con respecto a sus hijos ilegítimos, pero tiránicamente indiferente a las quejas de su esposa Hera, a quien proporciona motivos sobrados para estar descontenta. Sin embargo, la Hera de Luciano es una señora tan quejumbrosa, necia, envidiosa e insolente que uno prefiere mil veces la ribaldería alegre de Zeus a los rezoncos ácidos de su estimable mujer-diosa.

Ante la multiplicidad de los deslices amorosos de Zeus, Hera acaba por quedar relativamente indiferente, conformándose con

perjudicar a las queridas de su esposo-hasta donde le es posible; pero cuando se percata de que el sensualismo de Zeus está tomando un cariz anormal, no desmenuza palabras al reprenderlo. Por ejemplo, al darse cuenta Hera del verdadero motivo por el cual Zeus ha llevado a Ganimedes al cielo, tiene lugar el siguiente altercado marital:

“Hera: ¡No le aceptas la copa de néctar (a Ganimedes) sin besarle primero, y esto con todos los dioses viéndote!

“Zeus: ¡Y qué hay de malo, oh Hera, en que al estar tomando, bese yo a un adolescente tan bello, gozando así los dos tanto del beso como del néctar....?”

“Hera: ¡Esas son palabras de pederasta!”(12)

La riña termina en forma clásica-moderna, al recurrir Zeus al arma favorita de los maridos para quienes los lazos conyugales han perdido ya todo encanto: Amenaza a Hera diciéndole que con sus regaños sólo le aumenta el amor por extraños y que si no deja de molestarle, él se ingeniará para darle motivos de peso para estar triste.

En la obra de Luciano se destacan la decadencia e impotencia de Zeus sobre todo en los casos de emergencia, cuando más falta hace que este dios sea enérgico y poderoso. Su problema más serio es el de los filósofos que niegan la existencia de los dioses, creando así la peligrosa posibilidad de que éstos perezcan de hambre por la falta de sacrificios, o bien de que sigan existiendo, pareciendo no ser, si nadie cree en ellos.

Luciano presenta un caso concreto en que Zeus convoca a los dioses precisamente para tratar este problema, pero cuando ya está reunida la asamblea divina, el mismo Zeus se siente tan turbado que no sabe cómo introducir el asunto pendiente. “No sé,” dice a Hermes, “si sea por la magnitud de los sucesos que tenemos encima.... o por el gran número de los presentes..... pero tengo la mente confusa. Tiemblo y..... se me traba la lengua..... ¡Hasta se me ha olvidado el proemio del discurso que tenía preparado, para que mi prólogo les pareciese de lo más bello!” Cuando Hermes se turba también y exclama, “Oh, Zeus, ¡has echado todo a perder!”, Zeus le propone que en lugar del prólogo olvidado, recite un proemio homérico, pero Hermes rechaza esta sugestión francamente, diciendo: “Deja esos versos tan pesados, y recita más bien una de las declamaciones de Demóstenes en contra de Felipe, sólo cambiándola un poco. Así es como la mayoría..... declama hoy día.”(13)

En otra escena Zeus está tan afligido por el mismo problema de los filósofos ateos y se pone tan agitado y pálido, que Hermes se alarma, diciéndole, “¡Desahógate conmigo! ¡Tómame de consejo!” En medio de su pena Zeus no deja de estimar el valor dramático de la situación y así contesta en metro trágico, “¡De tan terrible que es mi sufrimiento no alcanzan a expresarlo las palabras!” Esta escena es muy divertida por el contraste entre la despreocupación de Hera, que está presente, y la aflicción de su esposo divino:

“Hera: Olvida tu ira, ya que yo no sirvo para la comedia...., ni me he tragado a Eurípides entero de manera de poder complementarte en tu papel trágico. ¿Acaso crees que ignoremos la causa de tu desesperación....? Bien sé que se trata en el fondo sólo de un asunto de amor. Yo no grito por estar ya acostumbrada a ser despreciada por ti. A lo mejor has encontrado a otra Danae o Semele o Europa.... y deseas transformarte en toro o en sátiro o bien en oro, para lloverte a través del techo en el regazo de tu amada. Porque estos síntomas—quejidos, lágrimas y palidez—no son otra cosa que el amor!

“Zeus: ¡Oh feliz de ti, que crees que las circunstancias actuales nos permiten dedicarnos al amor y a pasatiempos por el estilo....! En peligro extremo están los asuntos de los dioses.... ¡Balancándose en el filo de un cuchillo.... está el sí hemos de seguir siendo venerados.... o si hemos de ser ignorados en todas partes y parecer no ser nada!”(14)

Es al criticar a Zeus que Luciano aborda el problema múltiple de la providencia divina, de la posibilidad de modificar el curso de la misma mediante ritos religiosos, y de su relación con la concatenación científica de causas pre-existentes con sus efectos, cuyo curso inalterable necesariamente debe traer consecuencias también inalterables. Ya sabemos que lo inexorable del destino está representado en la teología griega por las Pareas, y Luciano aprovecha esta personificación tan conveniente para esquivar la terminología filosófica, que él detestaba.

En **Zeus Refutado**, que gira precisamente sobre este tema del Destino y la Providencia, Luciano nos presenta a Zeus benévolutamente dispuesto a contestar las preguntas del filósofo Cipisco, quien desea saber si todos los acontecimientos dependen de las Pareas. La discusión sigue adelante:

- “Zeus: Nada hay que no sea ordenado por ellas. . . . Al iniciar cada cosa su existencia, ya está pre-fijado su fin. . . . Nada puede suceder fuera del control de las Parcas, ni ajeno al destino que hilan.
- “Cinisco: Dime esto, oh Zeus: ¿Gobiernan ellas también a vosotros los dioses y pendéis también de su hilo?
- “Zeus: Así tiene que ser. ¿Por qué te sonríes. . . . ? No sé adónde quieres llegar con estas preguntas.
- “Cinisco: ¡. . . . No te enojés conmigo, oh Zeus! Pero si es así y si las Parcas gobiernan todo, y si nada puede ser cambiado por nadie, una vez decretado por ellas, ¿con qué motivo sacrificamos los hombres a vosotros. . . . ? No veo qué provecho podamos sacar de esto, si no es posible ni impedir lo malo con rezos ni lograr lo bueno.
- “Zeus: Ya sé de donde te vienen estas preguntas—de los malditos sofistas que dicen que nosotros no ejercemos ninguna providencia a favor de los hombres. Preguntan tales cosas por impíos que son, alejando a otros de los sacrificios y de los rezos. . . . ¡Pero ya se arrepentirán de ello! Los que hacen sacrificios no los celebran para obtener algo para sí mismos, haciendo un cambio como si comprasen el bien, sino para honrar lo que es superior.
- “Cinisco: Pero si estuviese aquí uno de aquellos sofistas, te preguntaría por qué dices ser superiores los dioses, si son tan esclavos de las Parcas como los hombres y. . . . están bajo sus órdenes. Porque no basta la inmortalidad para hacer mejores a vosotros los dioses, sino que en virtud de ella vuestra situación es mucho peor que la nuestra. ya que si bien la muerte libra a los hombres (de las Parcas), vuestra esclavitud es eterna. . . .
- “Zeus: ¡Cuidado! Ya estás hablando con insolencia, y acaso algún día te arrepentirás. . . .
- “Cinisco: Tú eres quien debe tener cuidado con las amenazas, Zeus, pues sabes que nada me puede pasar que no haya sido decretado por las Parcas. Veo que ni castigas a los mismos ladrones de templos, sino que la mayoría se te escapan. ¡Supongo que no estaba decretado que se les capturase. . . . !
- “Zeus: ¡No es permitido saberlo todo! Casi me parece que tienes razón al menospreciarme, ya que teniendo un rayo en la mano, soporto que digas tales cosas en nuestra contra.
- “Cinisco: Tira tu rayo, oh Zeus, si soy destinado a recibirlo. En nada te culparé del golpe, sino a la Parca Cloto quien me hiere por tu conducto. . . .
- “Zeus: ¡No mereces más contestaciones, haciendo semejantes

preguntas! ¡Eres un atrevido, un sofista! ¡Ya me voy y te dejo!"(15)

Es en Zeus Trágico que se convoca a los dioses para tratar del problema tan apremiante de estos filósofos ateos, ya que durante la propia sesión de la Asamblea Divina, dos filósofos están sosteniendo un debate público en Atenas sobre si existen o no los dioses. Cuando los dioses se dan cuenta de que el filósofo que niega su existencia va ganando el debate, Poseidón, quien se distingue más por su violencia que por su astucia, propone que se mate a dicho filósofo a fin de impedir que siga exponiendo sus puntos de vista, pero Zeus le reprende así: "¡Bromeas, oh Poseidón? ¡O se te ha olvidado del todo que nada de esto está en nuestro poder y que son las Parcas las que deciden quién ha de morir. . . . ? Si la cosa estuviese en mis manos, ¿crees que hubiera dejado que se escapasen los ladrones del templo de Olimpia, sin fulminarlos, cuando me robaron (a mi estatua) dos rizos que pesaban seis minas cada uno?"(16)

Luciano dota a su Zeus no sólo con la nobleza de carácter que debe distinguir a todo soberano, sino también con el punto de vista de los pensadores griegos, de que la lógica es siempre superior a la fuerza. Al oír la proposición de Poseidón de que se fulmine al filósofo ateo, Zeus dice: "(Si lo matamos) parecerá que tememos sus argumentos y que por esto nos deshacemos de él sin esperar que (su contrario) Timocles lo refute. . . . La idea es enteramente burda: destruir a un antagonista de manera que muera invicto, quedando el problema todavía en pie y sin resolverse."(17)

No conforme con quitar a Zeus y demás dioses hasta el libre albedrío, Luciano los lleva al ridículo supremo de hacer que recen para sí mismos. El caso es el mismo, o sea el del debate público ya aludido, sostenido en Atenas entre el ateo Damis y el creyente Timocles sobre la existencia o no-existencia de los dioses; y cuando los dioses ven que Timocles no puede refutar los argumentos agnósticos de Damis, Zeus—que ha estado vigilando con ansia suma el progreso del debate—dice a los demás dioses: "Hagamos lo más que podamos hacer: Oremos por Timocles—en silencio y cada quien para sí mismo, de manera que Damis no se entere."(18).

Aun con estas oraciones de los dioses para sí mismos, el ateo Damis gana el debate, demostrando que no existen seres sobrenaturales. Es entonces que Zeus pregunta afligido a Hermes, "¡Ahora qué hemos de hacer?", contestándole éste con cordura característica:

“Me parece que acertó aquel poeta cómico que dijo: **Ningún mal has padecido si ninguno reconoces.** ¿Acaso se pierde mucho si unos cuantos hombres se van convencidos (de que no hay dioses)? Los que creen lo contrario constituyen la gran mayoría—la plebe griega y todos los bárbaros.”(19)

Sin embargo, entre los dioses presentes en esta Asamblea hay uno tan razonable y franco que reconoce que la culpa de que haya ateos y agnósticos entre los hombres es de los mismos dioses. Este es Momo, quien se dirige a la Asamblea Divina diciendo:

“¡Oíd, oh dioses....! Bien preveía yo que nuestros asuntos llegarían a este callejón sin salida y que nos brotarían muchos de estos sofistas que tomarían de nosotros mismos el origen de su atrevimiento. Así, no es justo enojarnos ni con Temis ni con Epicuro ni con sus discípulos.... si se han formado de nosotros tal concepto.

“¿Qué podría uno esperar que pensasen, viendo tanta confusión en la vida—los buenos descuidados y acabándose entre la pobreza y las enfermedades y la esclavitud, mientras que a los hombres viles y bajos se les honra y son enormemente ricos, mandando a sus superiores, y no son castigados los ladrones de templos sino que se escapan, mientras que se crucifica y flagela a quienes ningún mal han hecho? Es natural que al ver tales cosas piensen..... que no somos nada.”(20)

Luciano hace dos citas, ambas de tragedias antiguas que se han perdido, para definir su propio sentir relativo a la existencia de un dios-padre. La primera, del drama **Melánipe el Sabio**, dice:

“¡Zeus! Quién sea Zeus no sé
Sino por lo que cuentan.”(21)

La segunda es muy bella:

“¿Ves el aire infinito en lo alto
Estrechando a la tierra con delicados brazos?
A esto llámalo Zeus; a esto créelo Dios!”(22).

II.—OTRAS DEIDADES

Entre los demás dioses del panteón lucianesco, el que más se destaca es Hermes. En su obra, Hermes es más que un simple mensajero de los dioses—es la “mano derecha” de Zeus, su servidor y consejero constante, que se distingue por su lealtad desinteresada. Cuando Ares critica a Zeus por fanfarrón y jactancioso, Hermes no

sólo no le presta atención sino que lo calla diciendo, "No es seguro ni para ti decir, ni para mí oír tales cosas." (23)

Hermes es indefatigablemente diligente y concienzudo en el cumplimiento de los cometidos de Zeus. El es quien convoca las asambleas de los dioses, quien junta las almas de los finados y las conduce a Hades, quien anima a Zeus cuando se desespera por el ateísmo creciente de los humanos. En la **Venta de Vidas** es Hermes quien subasta a los filósofos, proporcionando toda clase de datos a los compradores sobre los sabios que están en venta. En su afán de proteger siempre los intereses de Zeus, no se detiene en vender como esclavos a hombres libres, como en el caso de la venta del célebre Diógenes. Este pasaje es típico de la diligencia nada escrupulosa de Hermes:

"Hermes:Vendo una vida varonil, la mejor, la más noble—una vida libre. ¿Quién compra?"

"Comprador: Oh pregonero, ¿cómo dices? ¿Vendes a un hombre libre. . . . ? ¿No temes ser enjuiciado por convertirlo en esclavo. . . . ?"

"Hermes: ¡Al que vendo nada le interesa la venta, pues cree que es libre de todos modos!" (24)

Es Hermes quien organiza y preside el famoso **Juicio de las Diosas**, que no es sino el Juicio de París, y Luciano aprovecha este episodio clásico para acentuar en lo posible los celos y rivalidades entre las diosas. Cuando Hera, Atena y Afrodita descienden del Olimpo para buscar a París, Hermes las guía, pero al llegar al Monte Ida adonde París está cuidando sus baños, Hera dice venenosamente a Afrodita: "¡Adelántate tú ahora, Afrodita, y enséñanos el camino! ¡Desde luego conoces muy bien esta región por haber bajado tantas veces aquí a ver a (tu amante) Anquises!" Afrodita, segura del poder que le imparte su belleza perfecta, se limita a responder tranquilamente: "¡No me molestan tus chistes, oh Hera!" (25)

Cuando Hermes logra finalmente convencer a París de que tiene que juzgar cuál de estas tres diosas es la más bella, el mismo París exige verlas desvestidas a fin de poder juzgar con exactitud de sus encantos respectivos, y entonces es cuando surgen otra vez sus celos y envidia mutuos. Afrodita, siempre segura de su perfección física, es la primera en acceder a desvestirse, diciendo: "Bien, París, me desvestiré yo la primera, para que veas que puedo estar or-

gullosa no sólo de mis brazos blancos y ojos bovinos, ¡pues toda yo soy bella por parejo!”

A pesar de toda su sabiduría, Atena no está exenta de la envidia característica de las mujeres. “No dejes que Afrodita se desvista,” dice, “antes de que ponga a un lado su faja; porque es maga y no vaya a ser que te encante, París. Tampoco debiera estar tan adornada ni tan embadurnada de colores, como una verdadera he-taira, sino que debiera enseñar su belleza tal como es.” Afrodita se desquita en el acto de este comentario, con preguntar: “Y tú, Atena, ¿por qué no te quitas el casco, enseñando tu cabeza sin ningún adorno, en vez de estar agitando tus plumas y asustando al juez? ¿O temes que te critique lo verde de tus ojos, si los ve sin ese adorno tan impresionante?”(26)

Sabemos que al seguir adelante este juicio y al quedar cada diosa a solas con París para la inspección de rigor, las tres tratan de sobornarlo. Hera le ofrece el dominio de toda el Asia, y Atena el ser siempre vencedor en las batallas, pero Afrodita, que es la que conoce más a fondo a los hombres le lisonjea diciéndole que siendo tan joven y bello, merece casarse con la hermosa Helena. “¿Cómo dices?” pregunta París, que es sólo un pastor ingenuo. “¿Casarme con una mujer ya casada?” Le contesta Afrodita, que no en balde es la diosa del amor, “Eres joven y rústico. ¡Yo sé cómo se arreglan esas cosas!”(27)

Desde luego Hera no está celosa sólo de las demás diosas sino también de las mujeres a quienes Zeus ha favorecido con su amor; y como su hijo Hefestos (Vulcano) está cojo y se dedica al humilde oficio de herrero, está roída de envidia por los hijos bellos y talentosos que Zeus ha tenido en mujeres mortales. Procura perjudicar en lo posible a las amantes de su marido, pero cuando no puede lograrlo, se desquita criticando a sus hijos.

Tal es el caso con Leto, con quien Zeus ha tenido dos hijos hermosos, Artemisa y Apolo, y el diálogo que Hera y Leto sostienen entre sí pone de relieve por qué Zeus encuentra a Hera tan antipática:

“Hera: ¡Qué hijos tan bellos, oh Leto, le has parido a Zeus!

“Leto: ¡No todas, oh Hera, podemos parir hijos como Hefestos!

“Hera: Aunque Hefestos sea cojo, es sin embargo muy útil, pues es un artesano de los mejores. Nos ha adornado el cielo y se ha casado con Afrodita.... Pero (tu hijo) Apolo, que finge saberlo todo y es arquero, tañedor de lira,

médico y oráculo, engaña a los que lo consultan, dando contestaciones torcidas y ambiguas a sus preguntas, de manera que no peligre por sus errores. . . . Sin embargo, él mismo, siendo oráculo, ignoró que iba a matar a Jacinto con el disco, y tampoco pudo predecir que Dafne le huiría.

“Leto: Aun así. . . . sé cómo sufres viendo (a mis hijos) entre los dioses—sobre todo cuando Artemisa es alabada por su belleza y Apolo tañe su lira durante los banquetes, admirándolo todos.

“Hera: ¡Me estoy riendo, oh Leto!

“Leto: Tú te crees mucho, oh Hera, porque convives con Zeus y reinas con él, y por esto eres desenfrenada en tu insolencia. ¡Pero dentro de poco ya te veré llorando otra vez, cuando Zeus te deje y descienda a la tierra!”(28)

El Olimpo de Luciano es divertido en extremo por estos pleitos, ya que no sólo las diosas sino también los dioses están en un hervidero constante, disputándose honores y privilegios. Claro que en estas riñas se recuerdan detalles recíprocamente denigrantes, como es el caso con la discusión entre Hércules y Aesclepio respecto a cuál de los dos debe ocupar un asiento más alto y por lo tanto de mayor distinción, en un banquete de los dioses.

Hay que tener presente que ambos son hijos de madres mortales, elevados a la divinidad sólo después de su muerte; y que Aesclepio fué médico durante su existencia terrenal mientras que Hércules tuvo que desempeñar algunos trabajos femeniles en la tierra y finalmente se echó en una hoguera cuando no pudo aguantar un vestido que se había puesto, empapado en sangre venenosa de centauro. Al comenzar la discusión entre los dos dioses, Hércules pretendió hacerse valer alegando las faenas heroicas que desempeñó en vida:

“Hércules:Yo (viví) limpiando la tierra, luchando con fieras y castigando a hombres insolentes. Tú nada más cosechabas raíces para curar a enfermos con tus remedios, sin dar muestra de ninguna hazaña varonil.

“Aesclepio: Muy bien dicho. Yo te curé las quemadas cuando saliste del fuego medio asado. . . . ¡Si bien no hice otra cosa, cuando menos no trabajé de esclavo como tú, ni cargé lana en Lidia, vestido de púrpura, ni me zurró Omfala con una sandalia dorada, ni por estar hipocondríaco maté a mi mujer e hijos!

“Hércules: Si no dejas de insultarme, sabrás luego cómo de na-

da te sirve la inmortalidad, pues te levantaré y te lanzaré de cabeza del cielo.....
“Zeus: ¡ Cesad (de reñir), digo, y no nos estéis estorbando nuestra fiesta, u os correré a ambos del banquete.....!”(29)

III.—HETEROGENEIDAD DE LOS DIOS DEL OLIMPO DE LUCIANO

Es sólo lógico que los habitantes del Olimpo de Luciano reflejen la mezcla exótica de las religiones practicadas en el Imperio Romano durante su época; siendo también sólo lo natural que los antiguos dioses helénicos se quejen de la invasión de extranjeros de divinidad dudosa, entre los cuales unos son seres francamente mortales mientras que otros son mitad animales, como en el caso de las deidades egipcias.

Resultan, por lo tanto, extrañamente heterogéneas las asambleas celestiales convocadas por Zeus, estando presentes dioses como el persa Mitra, que asiste vestido de caftán y tiara al estilo medo. Mitra ni siquiera entiende el griego, que es el idioma oficial del Olimpo, quedándose en babia cuando los demás dioses beben a su salud. El egipcio Anubis está en condiciones todavía peores, porque como tiene cabeza de perro, no puede hablar—sólo ladra. Asiste también el egipcio Apis, quien a pesar de ser sólo un buey manchado, recibe homenaje al par de los demás dioses, da oráculos y está representado por profetas en la tierra. El mismo Zeus preside estas asambleas extrañamente transformado, llevando los cuernos de morueco que le corresponden en su papel de Zeus-Amón.(30)

La confusión ya grande de por sí se complica aún más por la enorme divergencia entre el tamaño respectivo de los diversos dioses, quienes se presentan, naturalmente, bajo la forma de las estatuas por las que se les conoce en la tierra.. Resalta tanto la pobreza de los dioses griegos al lado de los lujosos ídolos extranjeros, que en una asamblea Zeus dispone que los extranjeros se sienten en primera fila a fin de causar una buena impresión, diciendo que los dioses griegos “son atractivos.... y esculpidos con maestría, pero (son sólo) de piedra o bronce.... y los más caros entre ellos apenas tienen un poco de marfil sobrepuesto o bien chapa de oro.” “Hasta éstos”, sigue diciendo, “son de madera por dentro, abrigando a tribus enteras de ratones..... mientras que Bendis, Anubis, Atis, Mi-

tra. . . . y Men son de oro macizo y pesados y realmente muy costosos.”(31).

En esta misma asamblea divina se obliga al Coloso de Rodas a quedarse parado, detrás de los demás dioses, pues de otra manera él sólo ocuparía todos los asientos. Este Coloso representa un nuevo problema para el vejado Zeus, que exclama: “Ay, ¿por qué tuvo que asistir, ridiculizando así la pequeñez de los demás dioses y descomponiendo los arreglos hechos para sentar a todos?”(32)

El dios legítimo que más se molesta por esta degeneración de la población olímpica es Momo, quien se parece mucho al mismo Luciano. “Critico todo,” dice Momo, “y expreso mi opinión abiertamente sin temer a nadie y sin disimularla por consideraciones de respeto. Por lo tanto la mayoría (de los dioses) me juzgan molesto y entrometido por naturaleza. . . .”(33) Momo critica al mismo Zeus, haciendo constar que si fuese permitido hablarle con franqueza, le diría muchas cosas respecto de su responsabilidad en relación con la situación prevaleciente. Aun sin tener permiso para expresar su sentir, Momo le reclama así:

“¡Fuiste tú (oh Zeus) quien comenzó estas irregularidades y eres tú la causa de la degeneración de nuestras asambleas, por juntarte con mujeres mortales y descender a visitarlas bajo una forma u otra, de manera que hasta tememos que seas sacrificado si te captura alguien cuando has asumido la forma de un toro, o bien que alguien te labre cuando estés transformado en oro, de manera que en vez de Zeus regreses al Olimpo hecho un collar o brazaletes o arete! Como quiera que sea, tú has llenado el cielo de estos dioses a medias—¡por no llamarlos por otro nombre!”(34)

Es tan grande el desacierto de Zeus ante esta acusación de Momo que le pregunta afligido, “¿No me acusas a mí de ser extranjero, o sí?”(35).

Por vía de ejemplo de cómo son los dioses nuevos, Momo dice que Baco no sólo es medio-mortal sino que por el lado materno no es ni siquiera griego sino el nieto de un mercader sirio-fenicio, y agrega:

“Es de naturaleza mujeril. . . ., medio loco, apestando a bebidas fuertes desde el amanecer. Nos ha traído (al Olimpo) a un clan entero. . . . y ha hecho dioses de Pan, Sileno y de los Sátiros, rústicos todos ellos y cabreros en su mayoría. . . .,

de figura extrabótica. Uno de ellos tiene cuernos y de la cintura abajo parece chivo, acentuándose esta semblanza por su barba larga. Otro es un viejo calvo de nariz plana, que monta en un burro la mayor parte del tiempo. . . . ¿Ves qué clase de dioses nos está creando el tipo éste?"(36)

Como buen dios griego, Momo no pasa por alto la alteración de la economía olímpica provocada por esta invasión de deidades extranjeras. Acusa a muchos de los dioses nuevos de haber introducido fraudulentamente al Olimpo a criados y compañeros suyos, registrándolos allí "sin pagar siquiera el impuesto de extranjeros residentes", (37) y que por otra parte el néctar ha subido en precio a una mina la copa, debido al gran número de consumidores. (38) Reina en estas asambleas una confusión increíble, con gritos y ruidos por todos Indos, oyéndose voces de "¡Repartos!" y "¿Dónde está el néctar?" y "¡Ya se acabó la ambrosía!" y "¿Dónde están las hecatombes?" y "¡Sacrificios mancomunados para todos!"(39)

IV.—TRADICIONES RELIGIOSAS

Se necesita tomar en cuenta la índole extravagante y sanguinaria de las tradiciones religiosas de la era de Luciano para comprender su oposición a muchas de ellas. En efecto, algunos dioses exigen hasta vidas humanas para apaciguarse, no siendo esto tan cruel como el requisito de otros de que sus sacerdotes fuesen castrados. Los ritos orgiásticos de algunas sectas provocaban entre los fieles un estado de frenesí que los llevaba hasta a perpetrar homicidios involuntarios.

En vez de atacar este caotismo de los ritos religiosos, Luciano ve la cuestión de fondo que encierran los ritos en general. Hace hincapié en las miras interesadas que llevan a la gente a celebrar sacrificios, viendo en la costumbre una especie de comercio en favores ultramundanos. El mismo Zeus resume la situación diciendo: "¿Quién nos hará sacrificios. . . . si no espera sacar de ellos ningún beneficio?"(40).

Los extremos a que se llevaban los sacrificios en esa era fueron tales que hasta sacaron a Luciano de su urbanidad acostumbrada, moviéndolo a decir:

"Dudo que haya quien sea tan torpe que no ría de la estupidez de la gente tonta que celebra sacrificios, fiestas y procesiones en

honor de los dioses. . . . Pero creo que antes de reír, tal persona se preguntará a sí misma si debe llamarse (a los sacrificantes) piadosos o. . . . enemigos de los dioses y desdichados por creer que la Divinidad sea tan baja e innoble que necesite de los hombres, y goce de las lisonjas y se enoje si no se le hace caso. Siendo así las cosas y tales las creencias de la mayoría, creo que no hace falta quien los censure, sino que se necesitan (más bien) un Heráclito y un Demócrito—el uno para reírse de la ignorancia de la gente y el otro para lamentar su estupidez.”(41)

En lo tocante a sacrificios, Luciano resiente que la gente crea que los dioses (para él había un solo dios, la Divinidad) vendan mercedes a cambio de ofrendas. La gente, dice, cree que los dioses no hacen nada desinteresadamente “sino que venden sus favores a los hombres. Es posible comprarles la salud, por ejemplo, a cambio de un becerro; o la riqueza con cuatro reses, o un reino con cien; Hécuba compró a Atena la seguridad temporal de Troya por doce bueyes y un pepló. Puede deducirse que los dioses también ofrecen muchas cosas en venta a cambio de un gallo o una guirnalda o un poco de incienso.”(42)

Luciano objeta también la adoración que la gente tiene por las estatuas materiales que adornan los templos paganos, atribuyendo virtudes milagrosas no sólo a estas imágenes consagradas sino también a los ikones que tienen en sus domicilios. Dice que la gente:

“Construye templos para que los dioses no estén sin casa ni hogar, y mandan hacer imágenes, llamando a un Praxiteles o a un Policleito o a un Fidias (para esculpirías). Estos (escultores), habiendo visto no sé dónde a los dioses, modelan un Zeus barbudo. . . . Sin embargo los que entran al templo no creen ver oro minado en Tracia ni marfil de la India sino al mismo Zeus. . . . transportado a la tierra por Fidias y ordenado a ser el Señor de Pisa, contentándose (este Zeus) con que se le sacrifique sólo una vez cada cuatro años en relación con los juegos olímpicos.”(43)

La crítica que Luciano hace de los sacrificios y de las estatuas sagradas es extraordinariamente directa para él, ya que usualmente se contenta con una burla suave e indirecta de las tradiciones religiosas, como la que hace de los oráculos griegos. Sólo señala que las respuestas oraculares suelen ser tan oscuras que nadie puede interpretarlas, o que si bien son susceptibles de interpretación, su significado es tan ambiguo que de nada sirve.

Se refiere en varias ocasiones al famoso oráculo dado a Creso cuando este rey estaba pensando en atacar a los persas y deseaba saber si ganaría la guerra resultante. El oráculo le informó que si cruzaba el río Halis, se perdería un reino, con lo cual Creso dió por seguro que el reino que iba a perderse sería el de los persas y que se perdería a favor suyo; siendo que lo que pasó en realidad fué que en la guerra iniciada por Creso con cruzar el río Halis para atacar a los persas, este rey perdió su propio reino.

Otro oráculo turbio fué el de "Oh Salamis divina, ¡destruirás a hijos de mujeres!" pronunciado en la ocasión de una guerra entre persas y griegos. El propio Zeus comenta esta profecía en la obra de Luciano, diciendo que los oráculos ambiguos hacen creer a los hombres que ni existen los dioses, ya que tanto los griegos como los persas son hijos de mujeres.

Apolo fué el dios oracular preferido, haciendo notar Luciano que su profesión exigía una actividad extremada: "Primero (Apolo) tiene que estar en Delfos, luego corre a Colofón, y de allí se atraviesa a Xanto, para irse corriendo después a Delos.... Dondequiera que la pitonisa beba del pozo sagrado, mastique laurel y sacuda el trípode, ordenando a Apolo a aparecer, este dios tiene que presentarse inmediatamente, quiera o no, a recitar profecías, porque si no lo hace, se le acabará su fama profesional." (44).

La interpretación que Luciano da a algunos mitos griegos revela un modo de pensar extraordinariamente moderno. Todos sabemos el cuento de Dédalo, quien fabricó alas de plumas pegadas con cera, para sí mismo y para su hijo Icaro, con el resultado de que al volar Icaro demasiado cerca del sol, se le derretió la cera, desbaratándose las alas y cayendo él al mar. Luciano dice que cree que Dédalo fué un astrólogo que enseñó sus conocimientos a su hijo Icaro quien "por su juventud y arrojo no buscó lo accesible sino que dejó que su mente lo llevase hasta el zénit (de donde) fué precipitado en un mar de profundidades insondables...." (45).

Luciano también explica el mito de los amores de Pasifaé y el toro, contando: "Posiblemente Pasifaé, oyendo de Dédalo lo del (signo zodiacal del) Toro que se ve entre las estrellas, y (oyendo) de la Astrología misma, se enamoró de esta ciencia, de donde la creencia de que Dédalo la casó con el toro." Respecto al viaje incompleto y fatal que Faetón hizo en el carro del Sol, Luciano refiere que Faetón fué un astrólogo que "estableció el curso del sol....

pero no completamente, dejando su estudio sin terminar al morir.”(46)

Al hablar de la pantomima, Luciano racionaliza la leyenda de Proteo en la siguiente forma:

“Pues parece que el antiguo mito del Proteo egipcio no significa otra cosa sino que era un bailarín—un hombre imitativo que sabía modularse y transformarse en cualquier cosa, de manera que imitaba la liquidez del agua y la brillantez del fuego con su rapidez de movimiento, lo mismo que la fiera del león, la furia del leopardo, el mecimiento de un árbol, o cualquier cosa que desease. El mito, tendiendo hacia lo maravilloso, contó que tenía la facultad de convertirse en la cosa que imitaba.”(47)

No contento con explicar racionalmente los mitos populares, Luciano da, en la **Muerte de Peregrino**, un ejemplo de cómo se originaban los cuentos de milagros tan prevalecientes y tan aceptados en su época. Sabemos que él presencié la auto-inmolación de Peregrino, y era sólo natural que muchas personas le pidieran que les describiese el suceso. Luciano cuenta que:

“.....cuando trataba con una persona culta, le narraba los hechos escuetos, como ahora lo hago a ti, pero cuando se trataba de tontos boquiabiertos, dramatizaba el suceso, contando que cuando se prendió la hoguera y Peregrino se echó en ella, primero hubo un fuerte temblor y mugió la tierra y que luego salió volando, de en medio de las llamas, un vultúrido que ascendió al cielo gritando con palabras humanas: **He dejado la tierra! ¡Al Olimpo voy!** (Mis oyentes) se quedaban asombrados, y haciendo todo temblorosos una reverencia, me preguntaban si el ave se había ido hacia el oriente o hacia el poniente, y yo les contestaba lo que se me ocurriese.

“Al regresar de las fiestas (olímpicas), encontré a un anciano gris, con una cara que inspiraba fe por la barba y otros indicios venerables, quien contaba lo de Peregrino, diciendo cómo, después de que se había quemado, él lo había visto..... vestido de blanco, y que en ese mismo momento acababa de dejarlo paseándose feliz en el Pórtico de las Siete Voces, coronado de olivo silvestre. Terminó su relato agregando lo del vultúrido, jurando que él mismo lo había visto alzarse de la hoguera, cuando lo cierto del caso era que yo lo había soltado a volar un poco antes, para burlarme de la gente tonta e ignorante.”(48)

También deccecha Luciano las sutilezas de las doctrinas teoló-

gicas, burlándose de ellas con acumen y gracia característicos. En los **Diálogos de los Muertos** presenta un encuentro en Hades entre la sombra de Diógenes y la de Hércules, haciendo que Diógenes se admire de encontrar a Hércules entre los muertos cuando le había hecho sacrificios en vida como a un dios. En relación con esto, hemos de acordarnos que Hércules era hijo de Zeus y la reina Alemeua, pero como Zeus había asumido la forma del rey Anfitríon, marido de Alemeua, al acercarse a la reina, Hércules por lo tanto era físicamente el hijo de Anfitríon.

La sombra de Hércules procura explicar a Diógenes que él no es Hércules, puesto que este héroe está en el cielo, casado con la diosa Hebe, mientras que él, la sombra, es sólo la imagen de la parte mortal que Hércules heredó de su padre terrestre Anfitríon, aunque su verdadero padre espiritual fué Zeus. Esto, como comenta Diógenes, es difícil de comprender, pero la sombra sigue tratando de elucidar su situación diciendo: "¿No sabes que todos (los hombres) están constituidos de dos partes—alma y cuerpo? Por lo tanto, ¿qué impedimento hay para que el alma (de Hércules) esté en el cielo, puesto que tuvo su origen en Zeus, y que la parte mortal, que soy yo, esté entre los muertos?"

Al oír esto, Diógenes contesta que la sombra no es un cuerpo sino una semblanza incorpórea de Hércules "de manera que... (resulta ser) triple Hércules... , pues si un Hércules está en el cielo y otro, su imagen, entre los muertos, (también hay que tomar en cuenta) el cuerpo que ya se ha deshecho en ceniza, resultando así que son tres." Como el padre del Hércules-dios fué Zeus y el del Hércules-sombra fué Anfitríon, Diógenes pregunta con sorna lincianesca, "¿A quién has pensado poner de padre para el cuerpo?"(49)

V.—LUCIANO ANTE LA RELIGION

Es evidente que Luciano rechazó definitivamente todas las religiones paganas de que tuvo conocimiento. Considerando a la vez la inteligencia del hombre y los aspectos ilógicos y hasta grotescos de estos credos, lo sorprendente hubiera sido que él los aceptase, no que los rechazase.

Sin embargo, no puede afirmarse que Luciano haya sido un ateo. Parece que fué más bien un agnóstico. No creía en una Providencia personalizada que guiase los destinos de los hombres. No

podía aceptar que hubiese una finalidad consciente encauzando los asuntos humanos, tanto porque su mente finita no podía captar tal objetivo infinito, como porque le parecía que la fortuna suele favorecer a los pícaros mientras que sume a los buenos en el infortunio.

Pero, a pesar de esta negación de la Providencia, Luciano se refiere varias veces en su obra a "Dios". No se trata de ningún dios griego, sino sólo de "Dios". Siempre hace estas alusiones en tono respetuoso.

La impresión que crea Luciano es que creía que sí había algo—un algo remoto, impersonal y desconocido, pero algo. No lo creía siempre; más bien dicho, no se acordaba siempre de que tenía esta creencia en el fondo de su ser. Pero parece que en último análisis, cuando se olvidaba de sus críticas mordaces, cuando su alma entraba a la quietud y a la soledad, sí había algo para él; y a ese algo lo llamaba Dios.

CAPITULO X

LUCIANO EN EL PENSAMIENTO Y ARTE EUROPEOS

- 1.—Luciano regresa a Europa.
- 2.—Influencia de Luciano en el Arte Europeo.
- 3.—Influencia de Luciano en las Letras Europeas.
- 4.—Luciano en México: Juan Bautista Morales

I.—LUCIANO REGRESA A EUROPA

Los críticos adversos a Luciano han gustado siempre de rechazar su obra como negativa y demoleadora, alegando que estos defectos anulan cualquiera cualidad buena que tenga. Sin embargo, si se acepta este criterio, hay que aceptar también su correlativo lógico de que lo negativo es estéril en sí y no puede tener un efecto vivificador ni aún por corto tiempo. Por tanto, si hubiese sido negativa la obra de Luciano, no habría sido una fuente de inspiración a través de milenios enteros, como ha sido efectivamente.

Luciano fué un demoleador, ciertamente, pero la sociedad humana, igual que las serpientes, puede seguir progresando sólo a base

de desechar lo desgastado a fin de poder asumir lo nuevo. El estancamiento significa la muerte. Las mismas leyes de la naturaleza, los principios básicos de la existencia, exigen la demolición y el desecho, como parte intrínseca del principio activo que es la vida. Sin embargo, para que un crítico demoleedor e iconoclasta, como Luciano, ejerza una influencia tan amplia y duradera como la que él ejerció, se necesita que su crítica esté sólidamente basada en la verdad o, en otras palabras, que el espíritu de su obra concuerde con las leyes de la existencia.

Otros comentaradores de Luciano van al extremo opuesto, alegando que influyó en docenas de escritores y pintores europeos de los más famosos y que toda la literatura europea está imbuida de influencia lucianesca, a tal grado que casi se pregunta uno si Luciano sería la piedra angular de la cultura europea y, de ser así, cómo es que prácticamente nadie conoce ni siquiera su nombre. Entre los talentos en quienes, dicen estos críticos, Luciano influyó directamente están Cervantes, Goethe, Shakespeare, Marlowe, Molière, Rabelais, Jules Verne, Swift, Hans Sachs, Erasmo, Diderot, Voltaire, Sir Thomas More, Quevedo, Vélez y Guevara, II Boiardo, Ariosto, Bulwer-Lytton, y los pintores Botticelli, Rafael, Mantegna, Rembrandt y Dürer. Podemos agregar más nombres todavía a esta lista: Daniel Defoe, Alfonso de Valdés y Juan Bautista Morales, escritor mexicano del Siglo XIX, además de los numerosos escritores influenciados por Luciano a través de los ya citados.

Sin embargo, en esta cuestión de la influencia de un escritor en otro, debe aceptarse la aserción de que tal influencia existe sólo al conocerse pruebas concretas de ella. Por ejemplo, el hecho de que un autor exprese un concepto idéntico a otro enunciado por un escritor más antiguo, no demuestra necesariamente que el primero lo haya tomado del segundo, ya que lo mismo que el escritor antiguo, poniéndose a cavilar, llegó a formular una idea "X", un autor posterior también puede llegar a formularla independientemente del primero.

El hecho de que Shakespeare dijo, "No profit grows where is no pleasure taken" ("No se obtiene provecho de lo que se hace a disgusto"), no comprueba que haya tomado este pensamiento de la frase de Luciano, "Aprovecha más lo que se hace con gusto"(1), ya que hasta los estudiantes más simples saben que sacan mayor provecho de las materias que les gustan que de las que encuentran

cansadas. Pero si encontramos en la obra de Shakespeare otros pasajes y hasta argumentos enteros basados en la obra de Luciano, entonces sí podemos decir que Luciano influyó directamente en Shakespeare.

Teniendo esto presente, vamos a señalar con cuidado y sólo con pruebas concretas, la influencia de Luciano en algunos de los escritores y pintores europeos más grandes, distinguiendo claramente entre éstos y otros respecto a cuya obra Luciano puede ser considerado sólo un precursor o bien sólo una influencia indirecta, de la que probablemente el mismo autor no se dió cuenta.

Desde luego, podemos aseverar con toda tranquilidad que Luciano no influyó para nada en la literatura europea medioeval, por la sencilla razón de que durante el primer milenio después de su muerte sus obras eran conocidas sólo en el Imperio de Bizancio, en donde inspiraron a muchos imitadores. Allison hace ver que Libanio, el maestro del inspirado orador cristiano, San Juan Crisóstomo, aprovechó la obra de Luciano. De los *Asalariados*, al escribir su Sermón No. 25 relativo a diferentes formas de la esclavitud⁽²⁾, y todos los críticos de Luciano están de acuerdo en que muchos autores bizantinos imitaron sus obras con el propósito deliberado de lucrar con su nombre. Se cree que el *Filopatris*, comprendido siempre entre los escritos atribuidos a Luciano, es la obra de un bizantino imitador suyo, que la escribió en el Siglo X A. D.

Fué hasta el Siglo XV de nuestra era que las obras de Luciano fueron introducidas nuevamente a la Europa occidental, creyéndose que estaban entre doscientos treinta y ocho manuscritos griegos que Aurispa de Sicilia trajo a Venecia en aquella época. Durante el mismo Siglo XV, Guarino da Verona tradujo al italiano cuando menos tres de las obras de Luciano⁽³⁾. Aparentemente el *Timón* estaba entre estas traducciones, que han de haber sido leídas con gran deleite y admiración, pues hacia el fin del mismo Siglo XV, Matteo Maria Boiardo aprovechó el argumento del *Timón* para escribir su comedia *Il Timone*, que a su vez habría de influir en otras obras dramáticas importantes en la literatura europea.

La llegada de Luciano a la Europa renascentista despertó un entusiasmo tal que tres de los helenistas más grandes de aquella época—Erasmus, Budé y More—fueron todos lectores y traductores apasionados de su obra. Ya sabemos que Erasmus tradujo al latín varios de los escritos principales de Luciano y que hasta escribió

un contra-alegato a su **Desheredado**. Eran tan grandes la admiración y emulación que Luciano inspiraba en Erasmo que Lutero llamó a éste "un segundo Luciano"(4). Sir Thomas More también tradujo otras obras de Luciano al latín, y Amonio, el secretario helenista de Enrique VIII de Inglaterra, se dedicó a la lectura de Luciano en el griego original. Al enterarse de esto, Erasmo escribió a Amonio: "Me encanta que estés **lucianizando**".(5)

Guillaume Budé, el gran helenista fundador del Colegio de Francia, tradujo a su propio idioma varias de las obras de Luciano, y todavía otro helenista, Melanchthon, tradujo **No creer fácilmente la calumnia**, de Luciano.(6)

Con los textos originales y estas traducciones, la lectura de Luciano quedó asegurada para los intelectuales del Renacimiento, no sólo en los países de los helenistas citados sino también en España, de donde la influencia de Luciano habría de extenderse hasta la Hispano-América, según veremos más adelante con un ejemplo tomado de la literatura mexicana.

II.—INFLUENCIA DE LUCIANO EN EL ARTE EUROPEO

Al tratar de la influencia de Luciano en el arte europeo, hemos de recordar que Luciano fué aprendiz de escultor en su adolescencia, que varios parientes suyos fueron escultores y que por lo tanto la tradición de la estética plástica formaba parte de su herencia espiritual. En su obra, esto se traduce en descripciones sumamente gráficas de pinturas y esculturas famosas conocidas por él.

Por ejemplo, al tratar de la calumnia, Luciano describe un cuadro del famoso pintor griego Apeles, en que la Calumnia, representada como una mujer hermosísima pero movida por la pasión, arrastra por los cabellos a un hombre joven—su víctima—que está implorando al Cielo, mientras que otro hombre, con las orejas exageradamente grandes, la espera ansioso de escucharla. El guía de la Calumnia es un joven pálido y feo, que se supone es la Envidia, y completan el cuadro unas mujeres que representan la Ignorancia, la Sospecha, la Traición y el Engaño. Sigue a este grupo el Arrepentimiento, representado por una mujer enlutada y andrajosa, que llora mientras se vuelve para mirar a la Verdad que la viene persiguiendo.(7).

Al conocer Botticelli esta descripción de Luciano de la obra de

Apeles, reconstruyó el cuadro, y su obra sirvió a la vez de inspiración a Rafael, a Mantegna y a otros pintores italianos. Albrecht Dürer incluyó la misma "Calumnia de Apeles" entre los dibujos que suministró para las pinturas murales de Nuremberg, y Rembrandt también aprovechó este tema.(8)

Aparentemente Botticelli encontró muy de su agrado las descripciones de pinturas antiguas hechas por Luciano, dado que también aprovechó el tema del cuadro de la "Familia de Centauros", pintado por el griego Zeuxis y descrito por Luciano en los siguientes términos:

"Sobre el pasto suave está la Centaura. Todo lo de ella que es de caballo, está recostado en la tierra, con las patas extendidas hacia atrás. Lo que es de mujer se eleva suavemente y descansa sobre un codo..... Tiene a uno de sus gemelitos en los brazos y lo está alimentando al estilo de los humanos, dándole el pecho de mujer, mientras que amamanta al otro a la manera de las yeguas.

"En la parte superior del cuadro se ve a (su marido) Hipocentauro, colocado en un punto de vigilancia....., inclinándose y riéndose. No se le ve todo el cuerpo sino sólo hasta la mitad de la parte equina. En la mano derecha sostiene un cachorro de león, que está levantando en el aire, como para asustar, por vía de juego, a los pequeños centauros."(9)

Ultimamente, cuando se presentó a centauras y a centauros pequeños en la película **Fantasia**, algunos críticos los consideraron una creación originalísima, olvidándoseles que nada hay nuevo bajo el sol.

Dürer también aprovechó para otro dibujo suyo la bellísima descripción que Luciano da en su quinceavo **Diálogo Marino**, del cortejo nupcial de Europa y Zeus, en que Europa es llevada sobre el mar en una barca de conchas, arrastrada por tritones y escoltada por otras deidades marinas, hasta la isla donde la espera el Dios del Olimpo.(10).

III.—INFLUENCIA DE LUCIANO EN LAS LETRAS EUROPEAS

a) El Boiardo, Ariosto y Moliere

Es sólo lógico que la influencia vivificadora de Luciano en las letras europeas se haya hecho sentir primero en el país por donde regresaron sus obras a Europa, después de unos mil años de olvido

de parte de las naciones de Occidente. Ya hemos visto que **Il Boiardo** aprovechó el **Timón** de Luciano para su drama versificado, **Il Timone**, y se cree también que las peregrinaciones descritas en las obras de Ariosto revelan influencia de Luciano.⁽¹¹⁾

Este **Timón** de Luciano se fué evolucionando lentamente en las letras europeas hasta convertirse en el tipo perfecto del misántropo. Moliere seguramente conoció **Il Timone** del Boiardo, pues durante su niñez el comediógrafo francés solía asistir a las representaciones teatrales que daban compañías italianas en el Louvre, para la Corte de Francia. Allí Moliere ha de haber visto representar **Il Timone**, que le inspiró más tarde a escribir su **Misanthrope**.

No se sabe si Shakespeare haya tomado el argumento para su **Timon of Athens** directamente del **Timón** de Luciano o del **Timone** del Boiardo, pero el argumento de su drama revela claramente su origen en alguna de las dos obras citadas. La probabilidad de que Shakespeare se haya inspirado directamente en la obra de Luciano, está fortalecida por el hecho de existir en otros dramas suyos, varios pasajes paralelos a otros de Luciano, según veremos más adelante.

b) Erasmo de Róterdam

La obra más famosa y más leída de todas las de Erasmo, el **Elogio de la Estulticia**, está inspirada directamente en los escritos de Luciano para quien, sabemos, Erasmo tenía gran admiración. En la propia introducción de este libro, Erasmo justifica la elección de su tema, diciendo que si Luciano hizo el elogio de la mosca y de los parásitos humanos, bien puede él escribir el de la estulticia. También se ve claramente que al proseguir Erasmo con su obra, siempre tiene presente a diversos personajes de Luciano, pues se refiere a ellos constantemente.

Al decir, por ejemplo, que para ser feliz basta que uno se crea feliz, Erasmo se refiere al Miquilo de Luciano, declarando que: "Si al Miquilo de que nos habla Luciano le hubiera sido posible soñar perpetuamente. . . . en riquezas, no hubiera tenido motivo alguno para anhelar otra dicha"⁽¹²⁾. Más adelante cita al Ménipo de Luciano al criticar la conducta torpe de la humanidad, observando que: "Si, como Ménipo en otro tiempo, pudieses observar desde la luna la inenarrable confusión de los hombres, juzgarías estar viendo una nube de moscas y mosquitos riñendo entre sí. . . . , robándose, bur-

lándose mutuamente, holgándose, naciendo, enfermando y muriendo”(13). Ya hemos visto cómo, en **Carón**, Luciano describe a los hombres como avispas que se atormentan y traicionan mutuamente, y en su **Icaroménipo**, al contemplar Ménipo a los hombres desde la luna, los ve “cometiendo adulterios, matando, conspirando, robando, perjurando, haciendo ser y siendo traicionados por los de su misma casa.”(14)

“Como nada hay en el mundo que no esté lleno de estulticia,” dice Erasmo, “aconsejaría a aquél que pretenda ir contra la corriente, que, imitando a Timón, se vaya a un desierto adonde a sus anchas podrá refocilarse con su sabiduría.”(15). Aquí Erasmo se acuerda del Timón de Luciano, y en otro pasaje se refiere a Demócrito, a la manera de Luciano, al decir que: “Entre la plebe se encuentra toda clase de estulticia, que la misma plebe lleva cada día a tales grados de refinamiento que no alcanzarían mil Demócritos para dar abasto riéndose de ella”(16)

En estos pasajes Erasmo hace relativamente clara la dependencia de su obra de la de Luciano, pero en otros hace uso libre del pensamiento del Samosatense sin señalar que se trata de un concepto prestado. Sabemos que en **Ménipo** Luciano describe la vida humana como una función teatral en que la personalidad de los actores es ficticia, pasajera y expuesta a los cambios súbitos que la Suerte ordena. Erasmo se adjudica íntegramente este pasaje al hablar del teatro, diciendo que si se desemmascarase a los actores, se vería que el que “poco antes era rey, se convertía en un esclavo y que el que hacía un instante era un dios, transformábase en un pelagatos despreciable.... La ficción y el engaño son los que mantienen la atención de los espectadores. Ahora bien: la vida de los mortales, ¿qué es sino una comedia como otra cualquiera, en la que unos y otros salen cubiertos con las carátulas a representar sus papeles respectivos, hasta que el director de la escena les manda retirarse de las tablas? En el mundo, como en el teatro, acontece con frecuencia que un mismo actor se disfraza con diversos trajes y así, al que no ha mucho vimos vestir la púrpura de rey, vémosle ahora cubierto con los andrajos de un siervo miserable....”(17)

Erasmo también sigue la senda de Luciano al declarar que la Estulticia se descubre “en todas las acciones (de los dioses): ¿necesitaré recordaros los amores y devaneos de Júpiter....?”(18); y también concuerda con Luciano al denunciar el estudio de la flo-

sofía, aseverando que “hace (a los hombres)envejecer antes de llegar a la plena juventud. . . .” (19),

Asimismo aprovecha Erasmo el consejo que Luciano incorpora en su **Ménipo**—que el hombre prudente debe vivir alegremente sin preocuparse por especulaciones absurdas—, diciendo Erasmo que: “El verdadero prudente será el que teniendo en cuenta que es mortal, no se meta en libros de caballerías y considere que la mayor parte de los hombres, o se avienen a hacer como que no ven, o se engañan con mucha cortesía.” (20)

Luciano se refiere muchas veces al resentimiento hondo de los dioses cuando no se les invita a un sacrificio, mencionando en concreto la ira y la venganza de Artemisa cuando Oeneo invitó a todos los dioses menos a ella a un sacrificio (21). Aparentemente Erasmo está pensando en esto cuando dice que la Estulticia “no es diosa que voltee el cielo y la tierra al revés porque alguien ha olvidado invitarla a tomar parte en el humo de un sacrificio al cual toda la tropa celeste haya sido convidada. Sobre este punto hay que decir que los inmortales son tan susceptibles que es mucho más seguro descuidarlos completamente que ocuparse uno de ellos.” (22)

Evidentemente Erasmo se estaba acordando del **Luto**, en que Luciano se mofa amargamente de los funerales humanos, al criticar a “los individuos que, en vida, arreglan con el mayor cuidado las ceremonias de sus funerales. No descuidan nada: el número de las velas, los ropones de luto, los cantantes. . . . todo está previsto, como si ellos hubiesen de gozar en persona de tanta pompa o como si los muertos se ruborizasen de ver sus cadáveres enterrados con pobreza.” (23)

La burla de Luciano relativa a la imposibilidad de que el cuerpo de Hércules exista simultáneamente en la tierra bajo la forma de ceniza, en el Olimpo bajo la forma de un dios, y en Hades bajo la forma de una sombra, es traducida por Erasmo en un ataque contra la doctrina cristiana de la transubstanciación, al decir que: “Bien se hubieran visto apurados los apóstoles, para demostrar la transubstanciación, la manera en que el mismo cuerpo puede existir simultáneamente en varios lugares. . . .” (24)

Al escribir Erasmo su **Elogio de la Estulticia**, estaba tan penetrado del sentir y del pensamiento de Luciano que hasta empleó varios proverbios citados por el Samosatense, como, por ejemplo,

el del asno y la lira⁽²⁵⁾ y el del odio a que se hace acreedor un convidado con demasiado buena memoria.⁽²⁶⁾

c) **Alfonso de Valdés, Vélez de Guevara y Quevedo**

Habiendo visto cómo Erasmo se sirvió de los ataques de Luciano contra el politeísmo griego para atacar al cristianismo, conviene analizar ahora la forma en que el español, Alfonso de Valdés, aprovechó conjuntamente el pensamiento de Luciano y de Erasmo para censurar lo que consideraba prácticas corruptas de la Iglesia cristiana. Sea dicho que es gracias a estos escritores—Erasmo y Valdés y, más tarde, Voltaire—que se debe en gran parte la creencia de que Luciano atacó al cristianismo, cuando en realidad, según ya dejamos comprobado, Luciano no se preocupó jamás por denigrar la doctrina cristiana, sino que al contrario, en las pocas ocasiones en que se refirió al cristianismo, habló de él en términos de encomio y asombro, por las virtudes de sus partidarios.

Alfonso de Valdés fué el secretario latinista de Carlos V de España y hermano del canónigo Diego de Valdés y del escritor Juan de Valdés. En la introducción de su **Diálogo de Mercurio y Carón**, publicado en 1529, reconoce francamente su adeudo a Luciano y a Erasmo, declarando que: “Si la invención y doctrina (de mi **Diálogo**) es buena, dense las gracias a Luciano, Pontano y Erasmo, cuyas obras en esto havemos imitado....”⁽²⁷⁾ No obstante esta aserción tan clara de parte de Valdés respecto a su adeudo a Luciano, José F. Montesinos, el comentarista de la edición del **Diálogo** publicada en la serie de Clásicos Castellanos, rechaza casi por completo la influencia directa de Luciano en Valdés, diciendo: “A tres puntos principales refiere nuestro autor (Valdés) en el Prólogo mismo de la obra: Luciano, Pontano y Erasmo. **De los dos primeros tiene tan poco y ese poco tan externo e inesencial** que podemos prescindir de ellos por ahora.”⁽²⁸⁾

No obstante la opinión expresada por el señor Montesinos, hemos encontrado en el **Diálogo de Mercurio y Carón**, no sólo ataques contra las prácticas cristianas del Siglo XVI, inspirados en el pensamiento de Erasmo, sino también muchos pasajes que revelan la influencia directa y básica de Luciano, según queda señalado a continuación:

En su **Diálogo**, Valdés presenta a Carón sumamente apesadumbrado, porque ha cesado la guerra entre España y Francia, de manera que ya no seguirá recibiendo cargamentos fuertes de soldados

mueertos y no podrá pagar, con los pasajes por cobrar, el costo de la galera nueva que acaba de comprar, por haber creído que seguiría el auge de su negocio de transporte de difuntos sobre la Estigia. Esta congoja del Carón de Valdés es un eco del lamento del Carón de Luciano, que dice, "Ahora llegan pocos muertos..... porque hay paz."(29)

Con esto vemos que Valdés habla del mismo Carón lucianesco —un barquero emprendedor y ansioso de cobrar lo más posible en pasajes. El Carón de Valdés explica a Mercurio (que es el Hermes de Luciano), que ha invertido todo su "caudal más aún mucho dinero que me fué prestado"(30), en la compra de la galera nueva, que ahora le va a resultar inútil. Entonces Mercurio le pide albricias lucianescas por la buena nueva que le trae, de la reanudación de las guerras en Europa, exigiéndole que "a todos los sacerdotes que hovieren vivido castos hagas exemptos de pasage"(31), a lo cual Carón accede de buen grado, declarando que la concesión es enteramente insignificante.

A continuación Valdés aprovecha directamente el pensamiento expresado por Luciano en su **Asamblea de los Dioses**, de que si Zeus sigue visitando a mujeres mortales bajo formas asumidas, corre el peligro de ser atrapado algún día y de no regresar jamás al cielo. Valdés voltea venenosamente en contra del sacerdocio el pensamiento inofensivo de Luciano, al contar que los dioses ya no pueden mezclarse con las mortales, porque un día fué Júpiter (o sea Zeus) a visitar a una dama, y al encontrar que un sacerdote ya estaba con ella, se vistió sus hábitos por vía de broma. Al llegar inesperadamente el marido, se echó encima de Júpiter, creyéndolo el fraile pecaminoso, y fué sólo con gran trabajo que el Rey de los Dioses logró escaparse. "Y desde stonces," dice el Mercurio de Valdés, ".....fué determinado que nunca más ninguno de nosotros (los dioses) tenga que hazer con muger humana....."(32)

Esto, claro, constituye un ataque directo de Valdés en contra de ciertos aspectos corruptos del cristianismo práctico, lo mismo que lo constituyen otros comentarios suyos que tenemos que citar debido a la influencia de Luciano que revelan; pero antes de proseguir, deseamos recalcar una vez más que Valdés no atacó al cristianismo sino sólo determinadas prácticas de algunos cristianos que no aprobaba. Estaba tan lejos de pensar en atacar al cristianismo que, en la segunda parte de su **Diálogo**, cita varios ejemplos de cristianos

santos, a quienes alaba con la misma fuerza con que censura a los corruptos, pudiendo decirse que su obra es esencialmente pro-cristiana.

El Infierno de Valdés posee un encanto sumamente extraño, debido a la presencia de los dioses paganos, Mercurio y Carón, que reciben a las almas cristianas que llegan. Por el siguiente pasaje vemos que Valdés, lo mismo que Luciano, subraya la uniformidad absoluta que rige en el Infierno para todos:

“Mercurio: Mira, mira, Carón, con cuánta arrogancia viene aquella ánima.

“Anima: Pássame luego, varquero.

“Carón: Spérate que vengan otros. ¿Piensas que por ti solo ha de hazer un viaje mi barca?

“Anima: Nunea vi varquero tan grossero. ¿Tú no miras con quién hablas?

“Carón: Di, pues, quién eres.

“Anima: El Duque.

“Carón: Pues mira, hermano: duques, reyes, papas, cardenales y ganapanes, todos son iguales en mi barca.”(33)

Luciano, por su parte, dice repetidas veces que en Hades existe la igualdad entre todos “y los ricos no son vistos como mejores para nada” que los pobres.(34)

Valdés también hace que la misma ánima que toma parte en el pasaje antes transcrito, exprese otro pensamiento de Luciano, o sea el de los apuros de los ricos al morir, para disponer de sus bienes. El ánima explica que no pudo obtener la absolución de sus pecados antes de expirar, porque, dice, “me tovieron muy ocupado en hazer mi testamento y en ordenar la pompa con que mi cuerpo se havía de enterrar, juntamente con la angustia y congoxa de dexar tantos bienes de que veía no poder más gozar. . . .”(35)

Al estar platicando Mercurio y Carón, se van presentando ánimas que representan a personajes típicos—un cardenal, un secretario de Gobierno, una monja, un rey, un teólogo, un obispo, un cristiano perfecto, etc.—, aprovechando Valdés su presencia para poner en boca de los dos dioses paganos una crítica amplia de la vida humana, enteramente al estilo de Luciano. Recuerda el **Descenso a Hades** de Luciano, en que varios finados rinden cuenta de sus actos en vida, ante Radamanto, el juez de los difuntos, acentuándose tanto más este parecido por dirigirse la crítica de Mercurio y Carón

principalmente en contra de personajes que se hicieron ricos en vida por medios torcidos tales como, por ejemplo, la simonía.

El paralelo entre la obra de Valdés y la de Luciano se destaca nítidamente en el pasaje que se cita a continuación, en que Valdés, lo mismo que Luciano, según ya hemos visto, censura que uno obre en sentido contrario a lo que predica, que engañe al vulgo con enseñanzas tortuosas y que huya del trabajo honesto, sacando el sustento de la labor de otros a cambio del ingenio falso:

“Mercurio: ¿Dónde vas, ánima?

“Anima: Al cielo.

“Mercurio: ¿Al cielo? Ea, dime, cómo viviste en el mundo para que pienses subirte al cielo.

“Anima: Fui de los cristianos que se llaman perfectos..... Muy gran necesidad sería mía pensar yo no ser perfecto, siéndolo..... Quando me quise morir, todos me besaban la ropa por saneto.....

“Mercurio: ¿Tenías tú que hazer con mugeres?

“Anima: Pocas veces, quando la carne mucho me venecía, mas procurava de hazerlo muy secretamente..... Toda mi sanetidad no era sino para ganar crédito con el vulgo y porque me diessen algún obispado..... También andava yo engañando las mugercillas con mil supersticiones.....; si no lo hiziera así, muchas veces muriera de hambre.

“Mercurio: ¿No fuera mejor..... ganar de comer con el trabajo de tus manos?

“Anima: No era honesto que siendo yo sacerdote trabajasse.”(36)

En el pasaje en que Carón se decide a pasar a las ánimas al otro lado de la Estigia, no podría ser más directa la influencia de Luciano en Valdés. Luciano describe una escena paralela, en que Hermes obliga a los finados reunidos sobre la ribera de la Estigia, a dejar allí todas las cosas superfluas que traen consigo, a fin de que la barca no vaya sobrecargada. En la obra de Luciano, los muertos tienen que deshacerse de todo—de “la belleza, de los labios con todo y besos, de las cabelleras pesadas, del rubor de las mejillas y de toda la piel.....”(37); y los filósofos muertos tienen que deshacerse de su chicanería, de su ignorancia e insolencia, de sus disputas, discursos picudos y preguntas inútiles, así como de sus argumentos ociosos. En su paralelo de esta escena, Valdés hace que Mercurio ordene a un “cartuxo” que tire su barba, que otra ánima tire el plomo que trae, sobrante de las bulas papales que vendía, y que los “philosophos”

tiren sus "méritos y supersticiones. . . . , cerimonias. . . . (y) argumentos." (38). Crea un paralelo directo entre los sacerdotes malos y los filósofos de Luciano, al poner en boca de Carón: "Más trabajo tengo en concertar estos frailes que en guiar la barca. El otro día me la quisieron anegar riñendo sobre si la Virgen María era concebida en pecado original o no." (39)

En el Libro II de su mismo **Diálogo**, Valdés utiliza la escena creada por Luciano para su **Carón**, estacionando a Carón y a Mercurio en una montaña, adonde platican entre sí. En Luciano, estos dioses observan la vida de los hombres directamente, mientras que en Valdés comentan el mismo tema de la vida humana al preguntar a las almas que pasan, rumbo al Paraíso, cómo pasaron su existencia terrestre. Aquí todo es alabanza de la vida de cristianos ejemplares por su humildad y pureza de espíritu, pero aun aquí Valdés utiliza todavía otro pensamiento de Luciano.

Recordaremos que Luciano dice repetidas veces que los cargos altos entre los humanos se dan sólo a gente vil, y Valdés observa que: "Por maravilla se dan cargos ni oficios ni beneficios, sino a los que con arte y grangerías los andan procurando, y como ningún hombre prudente, bueno y virtuoso se quiere poner a pedir y procurar cosas semejantes, es forzado que la mayor parte de los cargos, oficios y beneficios caigan en ruines e ignorantes." (40)

Valdés es el autor español en quien Luciano influyó más directamente, pues en Vélez de Guevara y en Quevedo Villegas, es mucho menos marcada su influencia.

Vélez de Guevara aprovechó para su **Diablo Cojuelo** la idea matriz del **Sueño o Gallo** de Luciano, en que el zapatero Miquilo observa y comenta con el Gallo Pitágoras la vida de varios ricos, sin que éstos se den cuenta. En el **Diablo Cojuelo**, el estudiante Cleofás y el diablo cojuelo escrutinizan la vida nocturna de los madrileños sin que éstos se perenten de ello. También se nota aquí la influencia del **Icaroménipo** de Luciano, pues los personajes del **Diablo Cojuelo** inspeccionan la vida terrestre desde una eminencia; y Vélez de Guevara reconoce abiertamente la influencia de Luciano al hacer decir al diablo cojuelo: "Desde esta picota de las nubes, que es el lugar más eminente de Madrid, malaño para Ménipo en los diálogos de Luciano, te he de enseñar todo lo más notable que a estas horas pasa en esta Babilonia española. . . ." (41)

Entre las obras de Quevedo, son los **Sueños** los que revelan más

claramente la influencia de Luciano. **El sueño de las Calaveras** (originalmente **el Sueño del Juicio Final**) fué inspirado en el **Descenso a Hades** de Luciano, mientras que **Las Zahurdas de Plutón** (originalmente **El Sueño del Infierno**) parece estar basado en los **Diálogos de los Muertos de Luciano**. En el **Sueño de las Calaveras**, Quevedo presenta a varios personajes típicos ante Radamanto, juez de los finados, como Luciano hace en su **Descenso a Hades**. Aquí dice Quevedo que “los lujuriosos no querían que los (sic) hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí, los maldicientes las lenguas. . . .”(42); y agrega, “Yo veía todo esto de una cuesta alta. . . .”(43). En otro Sueño, **El Mundo por de dentro**, Quevedo censura la hipocresía, diciendo que hasta los funerales son ocasión para ella, reflejándose aquí la crítica de los funerales hecha por Luciano en **El Luto**.

Otra frase típicamente lucianesca en la obra de Quevedo se encuentra en **El Alguacil Algucilado** (originalmente **El Alguacil Endemoniado**), en donde dice: “Vinieron la Verdad y la Justicia a la tierra. La una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la Verdad, de pura necesitada, asentó con un mudo. La Justicia, desacomodada. . . . determinó volverse huyendo al cielo.”(44) En una obra de Luciano, la Justicia se encuentra refugiada en el cielo y pregunta cómo puede pretender Zeus que regrese “a la tierra, sólo para ser corrida otra vez” por los hombres, mientras la Injusticia goce del espectáculo.(45)

La novela picaresca española tiene un precursor claramente definido en **Lucio o el Asno**, de Luciano, en que un hombre es convertido accidentalmente en asno, y antes de que la única persona enterada de su transformación pueda regresarlo a su forma original, el asno es robado por unos bandidos. Después de sufrir mucho a manos de éstos, pasa sucesivamente de un dueño a otro, siempre con grandes trabajos y sufrimientos y sin lograr nunca encontrar un acomodo ni medianamente satisfactorio, hasta que por fin logra comerse una rosa, que es el antídoto de su encantamiento, volviendo entonces a ser hombre. El tratamiento de esta obra está dentro de la tradición española más pura de la novela picaresca, con la sola excepción de que el protagonista principal es un hombre en forma de animal, pero las aventuras de este asno-hombre son aprovecha-

das ampliamente para criticar la maldad y perversión humanas, enteramente a la manera requerida por el realismo español.

Aparte de los autores ya citados, la influencia de Luciano, en forma más vaga y generalizada, se encuentra en las obras de otros españoles humanistas, como, por ejemplo, en las del erudito Gracián.
d) **Shakespeare, Marlowe, Swift y More**

Ya hemos visto cómo Shakespeare tomó, o bien directamente del **Timón** de Luciano o del **Timone** del Boiardo, el argumento para su **Timon of Athens**, modelándolo de acuerdo con su genial capricho. La probabilidad de que Shakespeare conociera la obra original de Luciano y que fuera influenciado directamente por ella, es aumentada por el hecho de existir en sus dramas varios pasajes basados en otros tantos del Samosatense como, por ejemplo, el ya citado de: "No profit grows where is no pleasure taken."

Los versos famosos de Shakespeare que comienzan:

"Todo el mundo es un escenario

Y los hombres y mujeres son sólo actores

A quienes se señalan sus entradas y salidas.

Durante su vida cada uno desempeña siete papeles."⁽⁴⁶⁾

también tienen su precursor en un pasaje poético de Luciano, que describe la vida humana en términos teatrales al decir que:

"Es como si alguien juntara a muchos cantantes o, mejor dicho, a muchos coros, y después ordenase a cada uno que abandonase la armonía, para cantar su propia melodía y esmerarse cada quien en superar y sobrepasar a su vecino con su megalofonía. . . . Así son todos los cantantes (o sean los hombres) sobre la tierra y tal es la discordancia de que está compuesta su vida. . . . ; no sólo son distintos sus cantos sino que. . . . también se mueven en sentido opuesto uno al otro y en nada concuerdan, hasta que el maestro de la función corra a cada uno de ellos de la escena, diciendo que ya no hacen falta. Entonces todos callan por igual, no cantando ya aquella canción confusa y aritmica. Pero allí en el teatro, lleno de formas variadas y desvanecientes, todo lo que pasa es de veras risible."⁽⁴⁷⁾

Varios comentadores de Luciano han señalado el parecido tan extraordinario entre los consejos que el mismo Luciano da en **Cómo debe escribirse la Historia** y las recomendaciones que Hamlet hace a los actores antes de la función teatral en el Castillo de Elsinore. Luciano dice que la historia debe escribirse en forma directa y na-

tural, sujetándose el historiador al tono que los hechos narrados ameriten, según su grandeza o falta de ella, evitándose a todo trance que la furia poética domine al raciocinio. Evidentemente Shakespeare aprovechó este pensamiento de Luciano al hacer decir a Hamlet que los actores deben pronunciar sus líneas con gracia y naturalidad, dejándose guiar por la discreción y ajustando tanto la acción a las palabras como las palabras a la acción, y que en ningún caso debe sobrepasarse a la modestia impuesta por la naturaleza.

Adonde el parecido entre los dos cuerpos de consejos es más evidente, es en su final: Luciano dice que el historiador debe presentar su mente "como si fuese un espejo limpio, brillante y pulido con precisión, de manera que refleje sin distorsión.... las imágenes de las cosas que recibe"; y Shakespeare declara que el objeto del arte dramático es de "colocar un espejo frente a la Naturaleza; de enseñar a la virtud sus propias facciones, al desprecio su propia imagen, y a la edad actual.... su forma propia." (48).

En otra obra Luciano dice que para que la calumnia sea eficaz, no hay que hacer "acusaciones increíbles, sino.... distorsionar los verdaderos atributos de la persona calumniada, diciendo que el médico es un envenenador, el rico un tirano" etc. (49), y en *Otelo*, Shakespeare expresa este mismo concepto, al hacer decir a Iago que bien puede Desdémona engañar a Otelo si ya en ocasión anterior se demostró capaz de engañar a su propio padre (50). Sin embargo, este parecido pudiera ser sólo una coincidencia, y no estribar en la influencia de Luciano.

Otro dramaturgo inglés, Marlowe, quien fué a la vez un hefenista entusiasta y un gran borracho, debe directamente a Luciano aquellos versos famosos suyos:

"Was this the face that launch'd a thousand ships,
And burnt the topless towers of Ilium?" (51)
("¿Fué ésta la cara que hizo zarpar mil navíos
Y quemó las torres inexpugnables de Troya?")

Cuando, en la obra de Luciano, Ménipo anda tratando de identificar a los esqueletos en Hades, tiene lugar el siguiente diálogo:

"Ménipo: Enséñame a Helena, porque no la puedo reconocer.
"Hermes: Este es el cráneo de Helena.
"Ménipo: Entoncec, ¿fué por esta cosa que zarparon las mil navés de todas partes de Grecia, y cayeron tantos griegos y bárbaros, y tantas ciudades quedaron yermas?" (52)

Los comentadores de Luciano están de acuerdo en que también, influyó en la crítica mordaz de Jonathan Swift, y que entre los escritores ingleses modernos, Bulwer-Lytton aprovechó el relato de Luciano de la casa que espantaba, para su cuento **The House and the Brain**. (53)

Los mismos comentadores consideran que la **Utopía** de Sir Thomas More fué inspirada en la obra de Luciano, que el autor inglés estudió y hasta tradujo parcialmente. En efecto, los utópicos de More también estudian el griego y se deleitan con "el donaire e ironía de Luciano" (54), pero aquí se acaba el parecido entre los dos autores—a menos que uno se empeñe en ver influencia de Luciano en More, basándose en el hecho de que ambos escribieron de viajes a países imaginarios; pero esto es ya esforzarse uno por encontrar parecidos no-existentes. En cambio sí puede decirse que la ausencia absoluta de libertad personal y la uniformidad tan monótona que prevalecen en la **Utopía** de More, unidas a la carencia de humor en su tratamiento, están enteramente opuestas al espíritu esencialmente libre de Luciano. Más que en Luciano, la obra de More parece inspirada anaerónicamente en los ideales de la Rusia Soviética.

e) Goethe

Der Zauberlehling (El Aprendiz del Mago) de Goethe es el mismo cuento que Luciano narra con tanta gracia en su **Amante de las Mentiras** y que todos conocemos, pues también inspiró la sinfonía del mismo nombre, del compositor Dukas, y fué incorporado en forma gráfica y musical en la película **Fantasia**. Es aquel cuento de un joven que, en la obra de Luciano, se hace amigo y compañero de viaje de un sacerdote egipcio, que también es mago y aprovecha sus encantamientos para convertir a objetos inermes en sirvientes dotados de movimiento propio.

Esto les resulta tan conveniente durante su viaje, que el joven vigila al mago para aprender cómo lo logra, y un día, cuando el mago se ha ido a la plaza a arreglar un negocio, el joven convierte una mano de almírez en esclavo y le ordena traer agua. Cuando ya ha traído suficiente, el joven le ordena que pare, pero la obediente mano sigue trayendo más y más agua, hasta inundar la casa, a pesar de las órdenes del joven que cese de trabajar y vuelva a ser mano de almírez. Entonces, desesperado, la parte en dos, con el resultado de que cada parte continúa trayendo agua. Al regresar

el mago y darse cuenta de lo que ha sucedido, regresa a los servidores a su forma original y se va, abandonando al joven para siempre.⁽⁵⁵⁾

Hay quienes creen que el Faust y el Wagner de Goethe son sólo una versión nueva del Luciano incrédulo y del Hermitimo pedante del **Hermitimo** de Luciano; pero esto también es forzar mucho la búsqueda de influencias del Samosatense en grandes obras europeas.

f) **Pascal, Rabelais, Diderot, Voltaire y Verne**

El reflejo tan extenso del pensamiento de Luciano en las letras francesas, a partir del Renacimiento, parece deberse en gran parte a la traducción que Budé, fundador del Colegio de Francia, hizo de sus obras. Algunos comentaristas creen que Rabelais conoció las obras de Luciano y que fué influenciado por ellas al idear las aventuras tan fantásticas de su Gargantúa y Pantagruel. También parece haber influencia de Luciano en Pascal, que aprendió el griego en su niñez y probablemente conociera el texto original del Samosatense. Ya hemos visto cómo, en uno de sus **Pensées**, Pascal resume el concepto de Luciano respecto del arrojo ciego con que viven los humanos, sin ver ni darse cuenta siquiera del abismo que les espera al final de su carrera precipitada; y Moliere debe directamente a la influencia de Luciano la idea matriz de su **Misanthrope**.

La influencia de Luciano en la obra de Diderot está muy clara, ya que en su **Neveu de Rameau**, Diderot aprovecha el tema del **Parásito** de Luciano, o sea un elogio burlón del parasitismo entre los humanos. Aparte de la semejanza entre el tema de estas dos obras, Diderot incorpora a la suya varios pensamientos netamente lucianescos como, por ejemplo, el de: "Hágase lo que se haga, no puede incurrirse en la deshonra cuando se es rico"⁽⁵⁶⁾; y el de: "Veo una infinidad de gente honesta que no es feliz, y una infinidad de gente que es feliz sin ser honesta".⁽⁵⁷⁾ Luciano subraya repetidas veces los privilegios sociales que la riqueza trae consigo, y uno de sus argumentos en contra de la existencia de la Providencia es que en el mundo los pícaros alcanzan fácilmente honores y prestigios, mientras que los honrados pasan su vida en labores y sufrimientos.

En Voltaire la influencia de Luciano es tan marcada que suele llamarse a Luciano el Voltaire griego y a Voltaire el Luciano fran-

cés. No se necesita buscar mucho en la obra del galo para dar con conceptos enteramente lucianescos. Al igual que Erasmo y Valdés, Voltaire aprovecha en contra del sacerdocio la crítica de Luciano para los filósofos. "Los sacerdotes", dice, "habían hallado en qué ejercer su filosofía (platónica), en la explicación de la Trinidad, en la consubstancialidad del Verbo, en la unión de las dos naturalezas y de las dos voluntades, (y) finalmente en el abismo de la predestinación." (58).

"La gente," sigue diciendo Voltaire, enteramente a la manera de Luciano, "...siempre ha recibido sus dogmas como el dinero, sin examinar ni el peso ni el sello." (59). Y al hablar de reportes de milagros, certificados por autores medioevales, Voltaire, lo mismo que Luciano, relaciona la religión con la brujería, diciendo que los autores medioevales "no merecen mayor creencia que los brujos que atestigüen ante una corte haber asistido a un aquelarre." (60). Utiliza en seguida, para dar peso a su censura de dichas autoridades medioevales, el caso del Cardenal Pierre Damien, que certificó que la esposa del Rey Roberto de Francia había parido un ganso.

Cuando Voltaire comenta el caso del milagro de un monje quien, para sostener su acusación de que el obispo superior de su orden era un "simoníaco y un pillo", caminó lentamente toda una senda de medio metro de ancho entre dos hogueras enormes, sin socarrarse siquiera, dice: "Aquí tenéis lo que varios historiadores dicen que no puede negarse si no es volteando todos los fundamentos de la historia"; y agrega en forma netamente lucianesca, "pero es seguro que no se les puede creer sin voltear todos los fundamentos de la razón." (61).

En general, Voltaire era mucho más herético (se entiende enemigo de la fe establecida y aceptada por sus contemporáneos) que Luciano. Luciano atacaba la religión helénica aceptándola como un hecho y demostrando, a fuerza de poner en movimiento su estructura legendaria y teológica, lo endeble y falso de la misma; mientras que Voltaire ataca al cristianismo con una violencia y enfado ajenos al Samosatense. Sin embargo, la gracia amarga del estilo de Voltaire, su agudeza sostenida y su ingenio penetrante y alegre, recuerdan constantemente a Luciano. Por algo se les intercambian los nombres.

Entre los literatos franceses relativamente modernos, suele se-

ñalarse a Julio Verne como sucesor de Luciano; no porque Verne haya sido un crítico mordaz de las creencias y usanzas humanas, a la manera de Luciano y Voltaire, sino porque tanto Luciano como Verne escribieron de viajes a la Luna y al centro de la tierra.

IV.—LUCIANO EN MEXICO: JUAN BAUTISTA MORALES

Es curioso notar que la influencia de Luciano también floreció en México, a mediados del Siglo XIX, mediante la pluma de Juan Bautista Morales, autor estimado por la Universidad Autónoma de México hasta el grado de haber incluido su obra, el **Gallo Pitagórico**, entre los primeros tomos de la Biblioteca del Estudiante Universitario.

El comentador de esta edición, Mauricio Magdaleno, parece haber ignorado la influencia de Luciano en Morales, pues no menciona para nada al Samosatense en su Estudio Preliminar a la edición citada. Sólo dice que Morales fué un hombre "sapiéntísimo"⁽⁶²⁾, de donde puede colegirse que sería un literato humanista.

El mismo Magdaleno sigue diciendo que la edición Cumplido del **Gallo Pitagórico**, publicada en el Siglo XIX, trae en su portada "un gallo rampante que blande una espada"⁽⁶³⁾, aunque la reproducción de dicha portada en la edición Universitaria enseña un gallo que blande no una espada sino una pluma, representando así no al gallo de Morales sino al gallo Pitágoras, del **Sueño o Gallo** de Luciano, que se sirvió de una pluma propia para poder entrar de noche a varios domicilios de ricos, en compañía de su amo, el zapateiro Miquilo.

En cambio, Magdaleno se acerca más a la verdadera inspiración de Morales cuando dice que la cara del mismo Morales "desprende toda un vivo aire volteriano"⁽⁶⁴⁾, siendo sólo lógico este comentario en vista de que Luciano y Voltaire suelen identificarse recíprocamente entre sí. Magdaleno también señala intuitivamente otro parecido entre Luciano y Morales, al decir que a Morales "le poseía ese demonio de la verdad"⁽⁶⁵⁾. Sabemos que Luciano siempre abogó por la verdad ante todo.

La primera ilustración de la edición Universitaria del **Gallo Pitagórico**, reproducida aparentemente de la primitiva, se relaciona más con la obra de Luciano que con la de Morales, pues representa a un hombre pobre, con la gorra de dormir puesta, despertado

-de noche y sentado en su cama, platicando con un gallo airoso que le dirige la palabra desde el respaldo de una silla. Evidentemente se trata de una plática larga y muy interesante, puesto que el hombre está alzando las manos en gesto de asombro y tiene prendida una vela al lado de su cama, para aumentar con la luz el goce de la conversación.

Este grabado reproduce fielmente lo descrito por Luciano: Un zapatero pobre, despertado antes de la madrugada por su gallo, que resulta ser una reencarnación de Pitágoras, platicando los dos durante algún tiempo antes de emprender su inspección de casas ajenas. En cambio, en la obra de Morales el personaje principal, de nombre Erasmo Luján, compra un gallo que le habla desde un corral, y cuando lo ha llevado a su casa, el gallo le revela que es realmente Pitágoras en forma de ave doméstica, comenzando en esta forma una plática larguísima entre los dos. Vemos por esto que los sucesos en la obra de Morales no se relacionan en nada con la escena representada en el grabado descrito.

El gallo de Morales aprovecha la plática con su amo para criticar primero a diversas nacionalidades extranjeras y después a diferentes grupos de la sociedad mexicana—a políticos, abogados, comerciantes, casadas, sacerdotes, solteras, etc. Esto demuestra que Morales perseguía el mismo fin quimérico de Luciano, o sea el de lograr reformas sociales mediante la crítica, sólo que Morales administra su medicina en dosis reconcentradas, mientras que Luciano la suministra incidentalmente a través de diálogos alegres y movidos.

Debe notarse que si Morales no escribió con el deleite desprecupado que caracteriza a Luciano, se debió probablemente a que las circunstancias de México, en la época en que escribió, eran tan graves que ningún patriota podía hablar de ellas con ligereza. Fué en los años 1844 y 1845, en que México estaba en manos del dictador Santana y en peligro gravísimo de no sobrevivir como un país autónomo y democrático, comprobando los sucesos de los años inmediatamente posteriores que estaba demasiado bien fundada la alarma de Morales ante la desmoralización y debilidad nacionales.

Los puntos de vista expuestos por Morales en su crítica social corroboran que la influencia de Luciano en él se extiende más allá del simple uso de un Gallo Pitágoras como vocero. Por ejemplo, al criticar a los norteamericanos, Morales habla con el mismo tono au-

tirreligioso de Luciano al decir que en los Estados Unidos del Norte "los hombres se suscriben a alguna creencia, no porque estén convencidos de su verdad, sino porque les es útil para sus miras temporales. Se ha hecho un punto de etiqueta y de moda el no parecer incrédulos, y de aquí es que por fuerza ha de pertenecer un individuo a una religión, si no quiere ser mal visto en la sociedad." (66)

El gallo de Morales, lo mismo que el de Luciano, divierte a su amo narrando sus encarnaciones anteriores, entre las cuales está la siguiente:

"He aquí que me planté de patitas en el cerebro de un angloamericano. Jamás he llevado mayor chasco. Observé que el cerebro de mi huésped se iba endureciendo a proporción que crecía, hasta llegar a metalizarse completamente. Este fenómeno me sorprendió, y mucho más cuando vi que igual transformación había sufrido su corazón. Procuré indagar la causa de esto y averigüé que todos los angloamericanos tienen el corazón y el cerebro de plata, porque a fuerza de no amar otra cosa que al dinero, ni de pensar en otra cosa que en el dinero, llegan a metalizarse sus cerebros y corazones. Y es una providencia de Dios que ellos no sepan esa metamorfosis, porque si la supieran, se matarían unos a otros, y aun a sí mismos, por sacarse del pecho o de la cabeza un dólar." (67)

El pasaje anterior, de crítica alegórica, relaciona a Morales no sólo con Luciano sino con otros sucesores del Samosatense—especialmente con Jonathan Swift, quien también recurrió a la fantasía alegórica para poder censurar a la sociedad a sus anchas.

Al proseguir su crítica de diversas nacionalidades, el Gallo Pitagórico de Morales ataca a los franceses en forma enteramente análoga a la en que Luciano ataca a los filósofos cínicos, llamándolos y comparándolos con los perros. Con respecto a los franceses, Morales dice:

"Su pronunciación es muy fuerte, su idioma muy nasal; cada francés habla más que ocho locos; dos franceses disputando meten más ruido que diez perros que siguen a una perra. La comparación entre éstos y los franceses es exacta, por lo que respecta a su modo de ladrar y hablar, pues así como los perros cuando se pelean mantienen un gruñido constante, que interrumpe de trecho en trecho con un ladrido agudo, así los franceses mantienen un sonido confuso y nasal constante, que cuando se exaltan en la conversación, interrumpen con unos gritos capaces de taladrar no diré los oídos de un animal de carne,

sino los de uno de bronce como los del caballito que conservan ustedes en su Universidad.”(68)

Otro punto en común entre el Gallo de Luciano y el de Morales es que ambas aves confiesan que les gusta más ser animales que humanos. “Ultimamente,” dice el gallo de Luciano, “he sido gallo muchas veces, porque me agrada esa clase de vida”(69); y al referirse el gallo de Morales a otra ocasión en que también fué gallo, dice: “Jamás me he pasado mejor vida.”(70)

El Congreso de los Dioses, de Morales, tiene su antecedente en otras obras de Luciano—en la **Asamblea de los Dioses** y en el **Icaroménipo**. Ambos autores hacen que el personaje que los representa ascienda al Olimpo (en Morales es al Popocatepetl), adonde asiste a un parlamento divino, en el cual los personajes principales son Zeus, Hermes y Momo—el mismo Momo crítico de Luciano. En general, es tan clara la influencia de Luciano en Morales, que bien podría llamarse a este autor el Luciano mexicano.



Los casos antes citados se refieren a ejemplos concretos de la influencia de Luciano en escritores europeos y americanos desde principios de la era cristiana hasta el Siglo XIX. Todavía puede extenderse más la esfera de su influencia si consideramos que el mismo **Robinson Crusoe** y otras obras basadas en el concepto de hombres que luchan solos frente a la naturaleza, también tienen su antecedente en Luciano. Este aspecto de su influencia será tal vez, más diluído, pero aun sin contar con él puede decirse que el pensamiento de Luciano forma una parte esencial del pensamiento europeo-americano, antiguo y moderno.

B I B L I O G R A F I A

- LUCIANI Samosatensis Opera. Ex recensione Guillelmi Didorffii. dot, Paris, 1840.
- LUCIAN. Texto griego original con una traducción al inglés por A. M. Harmon, de Yale University. Tomos I al V incl. Wm. Graece et Latine cum indicibus. Editore Ambrosio Firmin Di-Heinemann, Londres, 1927.
- LUCIAN'S DIALOGUES. Editados por W. H. D. Rouse. Clarendon Press, Oxford, Inglaterra. 1909.
- ALLISON, Francis G.: Lucian, Satirist and Artist. Marshall Jones Co., Boston, Mass. 1926.
- CHAPMAN, John Jay: Lucian, Plato & Greek Morals. Houghton Mifflin Co., Boston & New York. The Riverside Press, Cambridge, Mass. 1931.
- DIDEROT, D.: Oeuvres Choisis. 2 vols. Librairie Garnier Freres, Paris, France. Sin fecha.
- DURANT, Will: The Life of Greece. Simon & Schuster, New York, 1944.
- DURANT, Will: The Life of Greece. Simon & Schuter, New York, 1939.
- ERASMO DE ROTERDAM: Elogio de la Estulticia. Traducción directa del latín por Julio Puyol. Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1917.
- ERASME: Eloge de la Folie. Librairie de la Bibliotheque Nationale, Paris, 1904.
- FRAZER, Sir James G.: The Golden Bough. MacMillan Co., New York, 1940.
- MARLOWE, Christopher: The Plays of Christopher Marlowe Everyman's Library, E. P. Dutton & Co., Inc., New York, 1941.
- MORALES, Juan Bautista: El Gallo Pitagórico. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico, D. F., 1940.
- MORE, Sir Thomas: Utopía. Publicado en "Utopías del Renacimiento," Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1941.
- PASCAL: Pensées et Opuscules. Librairie Larousse, Paris. Impreso por F. S. Crofts & Co., Nueva York, 1941.
- QUEVEDO y Villegas, Pco.: Los Sueños. Calpe, Madrid, 1922. Colección Universal, Tomo 211.

- SHAKESPEARE, Wm.:** The Complete Works of....., 2 vols. Wm. T. Amies, Philadelphia, 1878.
- TACKABERRY, Wilson H.:** Lucian's Relation to Plato and the Post-Aristotelian Philosophers. No. 9 of Philological Series of University of Toronto studies. University of Toronto Press, Toronto, Canada, 1930.
- TREVER, Albert A.:** History of Ancient Civilization. 2 Vols. Harcourt Brace & Co., New York, 1936.
- VALDES, Alfonso de:** Diálogo de Mercurio y Carón. Ediciones de La Lectura, Madrid, 1929. Clásicos Castellanos No. 96.
- VELEZ de Guevara, Luis:** El Diablo Cojuelo. Calpe, Madrid, 1919.
- VOLTAIRE, Oeuvres** Completes de..... Librairie de L. Hachette et Cie. Vol. 7. Paris, 1859.
- ENCICLOPEDIA BRITANICA, 14a. Edición. Nueva York.**

Segunda Parte

CAPITULO VIII.—EL ICONOCLASTA FRENTE A LOS FILOSOFOS

1. Hermitimo, 85
2. Icaroménipo, 29
3. Sueño o Gallo, 10 seq.
4. Timón, 54
5. Simposio, 32-33
6. Idem, 44 seq.
7. Descenso a Indes, 24
8. Fugitivos, 16
9. Venta de Vidas, 7
10. Idem, 7
11. Idem, 7-8
12. De los Asalarindos, 24
13. Cinisco, 5
14. Idem, 8
15. Idem, 17-18
16. Pascal: Penasés, 17
17. Simposio, 36
18. Citado por Durant, Will: Caesar & Christ, pp. 302-303
19. Venta de Vidas, 24
20. Idem, 22
21. Idem, 23
22. Taekaberry, W. H.: Lucian's Relation to Plato etc., p. 46
23. Alejandro, Pseudoprofeta, 47
24. Dos Veces Acusado, 20
25. Idem, 21
26. Venta de Vidas, 15
27. Simposio, 39
28. Epístola a Nigrino, 18
29. Demonax, 5-6
30. Dos Veces Acusado, 5
31. Sueño o Gallo, 4
32. Idem, 18
33. Venta de Vidas, 27
34. Idem, 14
35. Idem, loc. cit.
36. Idem, loc. cit.
37. Idem, 26
38. Parásito, 27
39. Chapman, J. J.: Lucian, Plato & Greek Morals, p. 181
40. Resucitados, 16
41. Hermitimo, 79
42. Ménipo, 21
43. Asamblea de los Dioses, 13
44. Resucitados, 11
45. Dos Veces Acusado, 8
46. Demonax, 20
47. Zeus Refutado, 12
48. Idem, 18
49. Epístola a Nigrino, 27
50. Diál. Muertos No. 26
51. Zeus Trágico, 38
52. Carón, 15-16
53. Idem, 17

54. Idem, 8
55. Idem 21; y Muerte de Peregrino, 21
56. El Luto, 16-18
57. Ménipo, 15 seq.
58. Descenso a Hades, 20
59. Idem, 13
60. De los Asalariados, 30
61. Timón, 32
62. Idem, 28
63. Descenso a Hades, 14
64. Idem, 15
65. Idem, 15
66. Idem, 7
67. De los Asalariados, 42

CAPITULO IX.—EL ICONOCLASTA ANTE LOS DIOS

1. Traver, A. A.: History of Ancient Civilization II, p. 592 seq.
2. Citado por Durant, Will: Caesar & Christ, p. 444. (Marcus Aurelius II, 11)
3. Ménipo, 3
4. Dos Veces Acusado, 1
5. Idem, 1 seq.
6. Icaroménipo, 24-25
7. Zeus Trágico, 15
8. Timón, 9
9. De los Sacrificios, 9
10. Zeus Trágico, 13
11. Fugitivos, 1
12. Diál. Dioses No. 6
13. Zeus Trágico, 14
14. Idem, 1 seq.
15. Zeus Refutado, 1 seq.
16. Zeus Trágico, 25
17. Idem, 25
18. Idem, 34
19. Idem, 53
20. Idem, 19 seq.
21. Idem, 41
22. Idem, 41
23. Diál. Dioses No. 24
24. Venta de Vidias, 7
25. Juicio de las Diosas, 5
26. Idem, 9 seq.
27. Idem, 14
28. Diál. Dioses No. 10
29. Idem, No. 8
30. Asamblea de los Dioses, 9-10
31. Zeus Trágico, 8
32. Idem, 11
33. Asamblea de los Dioses, 2
34. Idem, 7
35. Idem, 6
36. Idem, 4
37. Idem, 3
38. Idem, 3
39. Zeus Trágico, 13
40. Icaroménipo, 32
41. De los Sacrificios, 1
42. Idem, 2

43. *Idem*, 11
44. *Dos Veces Acusado*, 1
45. *Astrología*, 14 seq.
46. *Idem*, loc. cit.
47. *El Baile*, 19
48. *Muerte de Peregrino*, 39-40
49. *Diál. Dioses No. 16*

CAPITULO X.—LUCIANO EN EL PENSAMIENTO Y ARTE EUROPEOS

1. *El Baile*, 71
2. Allison, F. G.: *Lucian, Satirist & Artist*, p. 137
3. *Idem*, p. 140
4. *Saintsbury, G. B. E.: Earlier Renaissance*, p. 406
5. *Idem*, loc. cit.
6. *Idem*, loc. cit.
7. *No creer fácilmente la Calumnia*, 5
8. Allison, op. cit., p. 131
9. *Zeuxis o Antioquia*
10. *Diál. Marinos No. 15*
11. *Saintsbury*, loc. cit.
12. *Erasmus: Elogio de la Estulticia*, p. 150
13. *Idem*, pp. 159-160
14. *Icaróménipo*, 15
15. *Erasmus, op. cit.*, p. 92
16. *Erasmus: Elogio de la Folie*, p. 85
17. *Erasmus: Elogio de la Estulticia*, pp. 99-100
18. *Idem*, p. 71
19. *Idem*, p. 66
20. *Idem*, p. 101
21. *De los Sacrificios*, 1
22. *Erasmus: Elogio de la Folie*, p. 83
23. *Idem*, p. 75
24. *Idem*, p. 99
25. *Idem*, p. 132
26. *Idem*, p. 148
27. *Valdés, A. de: Diálogo de Mercurio y Carón*, p. 5
28. *Idem*, *Introducción*, p. xi
29. *Diál. Muertos No. 9*
30. *Valdés, op. cit.*, p. 8
31. *Idem*, p. 8
32. *Idem*, p. 12
33. *Idem*, p. 60
34. *Diál. Muertos No. 1*
35. *Valdés, op. cit.*, p. 60
36. *Idem*, p. 131 seq.
37. *Diál. Muertos No. 2*
38. *Valdés, op. cit.*, pp. 174-175
39. *Idem*, pp. 175-176
40. *Idem*, p. 258
41. *Vélez de Guevara, Luis: El Diablo Cojuelo*, p. 18
42. *Quevedo V., Pco.: Sueños*, p. 21
43. *Idem*, p. 22
44. *Idem*, p. 50
45. *Dos Veces Acusado*, 5
46. *Shakespeare: As You Like It, Acto II, Esc. 7*
47. *Icaróménipo*, 17
48. *Shakespeare: Hamlet, Acto III, Esc. III*
49. *No creer fácilmente la Calumnia*, 13

50. Shakespeare: Othello, Acto III, Esc. III
51. Marlowe, Ch.: The Plays of Christopher Marlowe, p. 154.
52. Dñal. Muertos No. 6
53. Chapman, J. J.: Lucian, Plato & Greek Morals, p. 76
54. Utopías del Renacimiento, p. 91
55. Amante de las Mentiras, 35-36
56. Diderot: Oeuvres Choiesies, II, p. 37
57. Idem, p. 39
58. Voltaire: Essais sur les Moeurs, Vol. 7, p. 291
59. Idem, p. 293
60. Idem, p. 296
61. Idem, loc. cit.
62. Morales, Juan Bautista: El Gallo Pitagórico, p. xi
63. Idem, p. xiii
64. Idem, loc. cit.
65. Idem, loc. cit.
66. Idem, p. 9
67. Idem, p. 10
68. Idem, p. 7
69. Sueño o Gallo, 20
70. Morales, op. cit., p. 57